

Forum Deusto

Desarrollo y Paz en América Latina

una visión autocrítica desde el Sur

*Patricio Aylwin Azócar / Mercedes Pulido de Briceño /
Carlos Torres y Torres-Lara / Oscar Arias Sánchez /
David Escobar Galindo / Luis Ugalde, S.J. / Diana Laura Riojas de Colosio*



Universidad de Deusto

• • • • •

Desarrollo y Paz
en América Latina:
una visión autocrítica
desde el Sur

Desarrollo y Paz en América Latina: una visión autocrítica desde el Sur

Patricio Aylwin Azócar
Mercedes Pulido de Briceño
Carlos Torres y Torres-Lara
Oscar Arias Sánchez
David Escobar Galindo
Luis Ugalde, S.J.
Diana Laura Riojas de Colosio

1995
Universidad de Deusto
Bilbao

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación, o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Argitalpen hau, ez azalaren diseinua ez beste zatirik ezin kopia, bildu edo transmititu daiteke inolako grabatze edo fotokopia modu edo bide erabiliz, ez modu elektrikoz, ez kimikoz, ez mekanikoz, ez optikoz, editorearen baimenik gabe.

Edición al cuidado de Javier Torres Ripa
Javier Torres Riparen ardurapeko argitalpena

Impreso en papel ecológico
Paper ekologikoan irarri argitalpena

© Universidad de Deusto - Apartado 1 - 48080 Bilbao
Deustuko Unibertsitatea

I.S.B.N.: 978-84-9830-634-7

*El **Forum-Deusto**, enraizado en el mundo del saber y vivir propios de una Universidad, abre sus puertas a una actividad que no le debe ser ajena: hablar de y dialogar sobre la vida socio-política, que es acercarse a la vida del ciudadano; y el **Forum** lo hace desde su específica óptica universitaria; con apertura a todas las ideas, rigor de exposición y mentalidad crítica.*

***Deusto-Forumak** Unibertsitate batek bere dituen jakintza eta izate modutan oinarriturik, alde batera utzi behar ez duen ihardun bati, bizimodu sozio-politikoari buruzko elkarrizketari, irekitzen dio atea Hiritarraren egunerokora hurbildu asmotan, eta **Forumak** bere ikuspegi unibertsitaritik egin nahi du lan hori: ideia guztien aurrean ireki, azalpenetan zehatz eta jarrera kritikoarekin jokatu.*

Forum Deusto

Índice

Introducción	11
Chile en el camino hacia la Paz y el Desarrollo, por <i>Patricio Aylwin</i> , ex-Presidente de Chile y Presidente de la Corporación «Justicia y Democracia»	15
América Latina: Biografía Inacabada, por <i>Mercedes Pulido</i> , Ministra de la Familia de Venezuela	27
Los problemas internos del desarrollo: el Perú, por <i>Carlos Torres</i> , Primer Vice-Presidente del Congreso Constituyente de la República del Perú.	37
En la búsqueda de un tiempo perdido, por <i>Oscar Arias</i> , ex-Presidente de Costa Rica y Premio Nobel de la Paz	53
La Paz en El Salvador: Itinerario crítico de una transición, por <i>David Escobar</i> , Rector de la Universidad Dr. José Matías Delgado de El Salvador	71
Identidades, retos y posibilidades de América Latina, por <i>Luis Ugalde, S.J.</i> , Rector de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas	83
La Paz: responsabilidad y rumbo de los mexicanos, por <i>Diana Laura Riojas</i> , Vda. de Colosio	107

Introducción

El Forum-Deusto, consciente de que el subdesarrollo constituye uno de los problemas más graves del mundo actual, cuyas consecuencias no sólo afectan al momento presente, sino que se han de extender en el futuro, ha abordado el tema centrándolo en América Latina, para evitar así la dispersión de un tratamiento no acotado en el espacio, y beneficiarse, también, de la proximidad cultural, lingüística y de relación con dicha región.

Con este ciclo, celebrado de octubre a diciembre de 1994, y organizado en colaboración con el Programa de Ayudas a la Cooperación y el Desarrollo del Gobierno Vasco y las Diputaciones Forales, se ha pretendido abordar la problemática de los países de América Latina, que nos ayude a comprender mejor sus situaciones. Y ello desde una perspectiva interna —habida cuenta de que los condicionamientos externos son muchos y muy graves, pero también más conocidos—, para tratar de hacernos cargo de las iniciativas y los cambios internos necesarios para construir un futuro de desarrollo y paz, así como las prioridades en los programas de cooperación.

Junto a los textos de las seis conferencias que se celebraron publicamos el de la séptima conferencia que, desgraciadamente, no pudo tener lugar. Diana Laura Rojas, viuda de Luis Donaldo Colosio, tenía prevista su participación en el ciclo hasta que la enfermedad y la muerte, el 18 de noviembre, le impidieron acudir a su cita. Sabemos que durante el tratamiento hospitalario a que fue sometida siguió trabajando con entusiasmo en la preparación de su conferencia, cuyo texto nos ha sido enviado por su Secretaría para su publicación.

Forum Deusto

Hitzaurrea

Azpigarepena dugu geure munduaren arazo latzenetako bat; izan ere, beronen ondorioek gaur egun ezezik gerora ere eragina izango baitute. Honetaz jabeturik, Forum-Deustok gai hau aztertu nahi izan du, Amerika Latinoa ardatz hartuz aztertu ere, toki zehatzik ezak ekar zezakeen dispersioa ekiditearren batetik, baita eskualde horrekin hala kulturari eta hizkuntzari, nola harremanetan dugun hurbiltasunaz baliatu gurean bestetik.

Eusko Jaurlaritzako eta Foru Diputazioetako Lankidetzak eta Garapenerako Laguntza Egitarauarekin elkarlanean, 1994ko urritik abendura bitartean garatu den ziklo honekin, Amerika Latinoak dituen arazoetan sakondu nahi izan da, beraren egoerak hobeto ulertzeko asmoz. Eta hau dena barne ikuspegitik —kampo baldintzak asko eta larriak badira ere, ezagunagoak baititugu—, gogoan har ditzagun bake eta garapenerako bidean behar diren barne ekimen eta aldaketak, baita lankidetzaren proگرامek izan behar dituzten lehentasunak ere.

Zikloan emandako sei hitzaldien testuekin batera, tamalez eman gabe gelditu zen zazpigarrenarena argitaratzen da honetan. Diana Laura Riojas, Luis Donald Colosioaren alarguna, etortzekoa zen baina gaisotasunak eta heriotzak, azaroaren 18an, galerazi egin zioten zikloan parte hartzea. Badakigu ospitalean izan zen bitartean gogotsu ihardun zuela bere hitzaldia prestatzen eta bertan doa bere Idazkaritzak igorri digun testua.

Forum Deusto

Chile en el camino hacia la Paz y el Desarrollo

por **Patricio Aylwin Azócar**

*Conferencia pronunciada
el 10 de octubre de 1994*

Forum Deusto

Chile en el camino hacia la Paz y el Desarrollo

por D. Patricio Aylwin Azócar*

Cuando recibí en Santiago la invitación para reunirme con ustedes esta tarde en el Forum Deusto, no dudé en aceptar. Sentí entonces, y con cuanta mayor razón siento ahora, que nos unen cercanías muy profundas, que se arraigan en una tradición secular y que crecen en una visión compartida sobre los desafíos del futuro.

No tendré que recordar antes ustedes que todo chileno se siente en buena medida en su casa aquí en el País Vasco. No tendré que recordar aquella frase, tan repetida —por lo menos en mi patria—, cuya autoría —inventada o verdadera— todos conocen, según la cual la República de Chile y la Orden Jesuita son dos grandes creaciones vuestras. Hubo vascos entre los hombres que llegaron con don Pedro de Valdivia a Chile, pero fue principalmente en el siglo XVIII cuando el pueblo vasco en particular dejó su impronta en nosotros. Los historiadores señalan que casi la mitad de los 24.000 inmigrantes españoles que llegaron a Chile en ese siglo fueron vascos. Y fueron ellos, primero en el comercio, luego en la agricultura y más tarde en la administración, quienes confor-

* D. Patricio Aylwin Azócar nació en Viña del Mar, Chile, en 1918. En 1943 se licenció en Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales por la Universidad de Chile y recibió su título de Abogado. De 1946 a 1948 fue Profesor interino de Derecho Administrativo en la Universidad de Chile, y desde este año hasta 1965 ostentó la Cátedra de Derecho Administrativo en la misma Universidad. De 1951 al 52 fue Presidente de la Falange Nacional, y de 1958 al 59 Presidente de la Democracia Cristiana, siendo reelegido de nuevo en 1965, 1966, 1973 y 1987. De 1971 a 1972 fue Presidente del Senado y de 1973 a 1981 fue Senador de la República, pero el golpe de Estado del General Pinochet le dejó sin concluir su mandato. En 1989 fue elegido Presidente de la República de Chile. Desde 1994 es Presidente de la Corporación Justicia y Democracia. Aylwin es Doctor Honoris Causa por la Universidad de Rosario (Argentina) y por la de Notre Dame (USA). Ha escrito varios libros y ha colaborado con numerosos artículos en diversas publicaciones.

maron la élite criolla que condujo la Independencia. Fueron descendientes vascos quienes finalmente construyeron la República. Les doy una sola cifra: más de un tercio de los miembros del poder Ejecutivo y Legislativo entre 1810 y 1950 son de ascendencia vasca y siete de los Presidentes de la República de este siglo también lo son. Tendrían que decir ocho, porque esa estadística, un poco atrasada... no me considera a mí. Por el lado de mi madre desciendo de un compañero de Valdivia natural de Azcoitia. Yo también tengo algo de vasco y dicen que se me nota.

Es corriente entre nosotros señalar que heredamos de ustedes un espíritu laborioso, una férrea sobriedad y un sabio sentido común. Que heredamos también la tozudez. En buena hora. Tozudos, en efecto, en el amor y en la defensa de la libertad.

Aquello que tan fuertemente nos unió en el pasado, no es historia muerta. Es una tradición viva. Así comprendo yo esta invitación y así la agradezco con mucha sinceridad.

Gracias por la oportunidad de visitar esta tierra tan nuestra y gracias por poder compartir con ustedes nuestra visión sobre los desafíos que nos impone el camino hacia la paz y el desarrollo.

El valor de Forum Deusto

Agradezco y celebro la iniciativa de la Universidad de Deusto de organizar este Foro junto con el Gobierno Vasco. Responde al sentido más profundo que tiene la universidad en nuestra tradición cristiana occidental: lugar de encuentro del saber, donde el conocimiento no es un fin en sí mismo, sino un medio para humanizar la Humanidad, una forma de «enseñar a los ciudadanos a saber vivir», según las sabias palabras de vuestro ilustre Gran Canciller y Superior de la Compañía de Jesús, R.P. Peter Hans Kolvenbach S.J.

Comparto muy sinceramente la preocupación por la encrucijada que vive la universidad contemporánea entre la necesaria especialización de las ciencias y el desarrollo autónomo de sus propios métodos, sin el cual el conocimiento se estancaría corroído por el prejuicio, y la necesidad ineludible de reunir el conocimiento en una síntesis significativa para iluminar el tiempo que vivimos.

Aunque mi experiencia vital ha sido fundamentalmente la de un político y un «hombre de derecho», fui también un hombre de las aulas, y quien alguna vez lo ha sido, no pierde en su espíritu la calidad de tal. Por ello, en mi vida pública he sido particularmente sensible a la ne-

cesidad de este encuentro y consciente del profundo riesgo que significa desligar la política de las ideas, porque termina desligándose de los valores. No es del caso extenderme en este tema, pero quiero dejar testimonio de que quizás sea éste uno de los problemas más inquietantes de la política contemporánea, donde puede estar incubando un serio obstáculo para el desarrollo y la paz.

Por todo lo dicho, me siento particularmente interpretado por vuestra iniciativa, por el sentido del Foro y por la misión de la Universidad de Deusto.

La autocrítica desde el Sur

El tema central que han escogido para este ciclo de conferencias y el marco analítico propuesto: «Una visión autocrítica desde el Sur», revela una aguda comprensión sobre los desafíos y los cambios que vive América Latina.

En efecto, vuestra iniciativa recoge y en cierto sentido sintetiza lo que a mi juicio es la tendencia de cambio más subterránea del continente, que es asumir nuestra propia responsabilidad frente al presente, rechazando la actitud fatalista del derrotado, para quien la causa de los males está siempre fuera, tan fuera de sí mismo, que el cambio propio sólo puede ser fruto del cambio ajeno.

Por cierto que los problemas que ha tenido América Latina para incorporarse al desarrollo no han dependido sólo de razones internas, sino también de las condiciones internacionales. Nadie podría negar que era difícil para nuestro continente incorporarse a la Revolución Industrial desde una economía fundamentalmente agraria e incorporarse a la revolución democrática desde una estructura social que todavía tenía rasgos señoriales. Pero ello no justifica, sin embargo, que dentro de la tradición intelectual latinoamericana y de los intelectuales extranjeros que teorizaron sobre nosotros, haya existido un fuerte sesgo hacia interpretar su retraso como consecuencia de la superioridad de otros. Una breve revisión a las principales corrientes ideológicas de nuestra historia así lo refleja. El liberalismo republicano del siglo XIX culpó a la tradición colonial española de nuestras dificultades para acceder a lo que entonces se llamaba la «civilización». Si no teníamos industria, era porque la economía española lo había impedido; si no teníamos ciencias, era porque España nos había mantenido en el oscurantismo; si no teníamos democracia, era porque nuestro pueblo había sido sometido a siglos de ignominia. Esto que hoy nos parece casi irrisorio, permane-

ció sin embargo en muchas corrientes de pensamiento con categorías y causas aparentemente más sofisticadas. Se le llamó neo-colonialismo, imperialismo, dependencia, etc.

No pretendo negar que nuestra inserción internacional haya sido muchas veces desventajosa. Pero si hay una razón por la cual la teoría de la dependencia, tan en boga por al menos dos décadas, entró en su profundo silencio conceptual, fue porque suponía actores internos radicalmente pasivos. Este sesgo a nivel ideológico y conceptual tuvo un correlato cultural de muy compleja evaluación. Serán los científicos sociales, los antropólogos, los historiadores, quienes lo expliquen con rigor, pero sin duda América Latina, cuya historia no había sido estática y tenía logros no despreciables a su haber, cuya historia era más compleja y rica que la caricatura que de ella se hacía, padecía de un cierto derrotismo, como si estuviera escrito en su destino que siempre llegaría tarde a las metas que se proponía.

Vaya aquí, entonces, mi primera autocrítica desde el Sur. Efectivamente, nos ha faltado espíritu crítico con nosotros mismos. También nosotros somos responsables del subdesarrollo. Lo fuimos antes y lo somos hoy. Pero vaya también aquí mi primera declaración de esperanza desde el Sur; en la última década lo hemos comenzado a comprender como nunca antes en el pasado. El ánimo de América Latina está cambiando y quisiera demostrarlo a partir de la experiencia que mejor conozco: el caso de Chile.

Chile

Chile es un país con una «loca geografía», que reúne el desierto más seco del mundo en el norte con los hielos eternos del sur. Su territorio es tan largo que equivale a la distancia entre Madrid y Moscú y tan angosto que su ancho máximo apenas llega a los 350 km. Es una espada bordeada por el Océano Pacífico y la Cordillera de Los Andes, dos fronteras tan poderosas que se nos ha caracterizado como isleños. Su población es pequeña —menos de catorce millones de habitantes— y muy joven —el 48 % tiene menos de 25 años—. Pero no morimos jóvenes: la expectativa de vida es de 72 años. El 95 % de la población mayor de 10 años es analfabeta. Esta curiosa geografía no ha conspirado, sin embargo, contra nuestra unidad territorial ni cultural. Somos un país considerablemente homogéneo en cuanto a raza, lengua, religión y aún costumbres. La naturaleza ha determinado en gran parte nuestra economía. Históricamente hemos sido un país agrario y minero. Importantes exportadores de minerales, principalmente de cobre, hoy somos también exportadores de recursos forestales, pesqueros y frutícolas.

Realidad política

Si antes señalaba que Chile tiene una loca geografía, en muchos sentidos su historia ha sido bastante cuerda. Desde que se independizó de España, su principal característica fue la construcción de un sistema político e institucional democrático que gozó de gran estabilidad, quebrado sólo en dos ocasiones antes de la dolorosa ruptura de 1973.

A lo largo del siglo xx el país hizo un serio esfuerzo por incorporar la democracia social a la democracia política. Sin embargo, nuestro desarrollo económico fue incapaz de satisfacer las aspiraciones y demandas de los nuevos grupos sociales: la clase obrera organizada y luego, los sectores marginales urbanos y campesinos. El sistema político chileno fue flexible para enfrentar las presiones sociales sin quebrar la democracia; pero hacia mediados de la década de 1960, al igual que en el resto del mundo, la política se hizo dramáticamente ideológica e inflexible. Se enfrentaron tres proyectos de sociedad, de derecha, de centro y de izquierda, ninguno de ellos mayoritarios, que se planteaban como excluyentes entre sí.

La conjunción de un desarrollo económico insuficiente, fuertes demandas sociales organizadas y movilizadas junto a un sistema político sectario e inflexible, terminaron por romper la democracia chilena y desembocar en un régimen militar autoritario muy largo y muy doloroso para el país.

El régimen militar fue drásticamente autoritario en lo político. Se produjeron muy serias violaciones a los derechos humanos, a las libertades y a las garantías individuales. Hubo exilio, persecución y muerte. En lo económico, en cambio, ese régimen fue drásticamente liberal. Desmanteló al Estado productor y protector anterior, abrió fuertemente la economía, incentivó las exportaciones, lo que en general fue positivo, pero tuvo un costo social dramático, altas tasas de desempleo y deterioro progresivo de servicios públicos esenciales como la salud, la educación y la vivienda.

El retorno a la democracia en Chile, antes que un fenómeno meramente político, fue un proceso que yo llamaría ético y cultural. En cierto sentido nació del dolor; del dolor ante la persecución y la injusticia, ante la dignidad denegada. La recomposición de la política no habría sido posible sin que esa experiencia tan radical y humana no nos hubiera obligado a cada uno a hacer una autocrítica de nuestra propia responsabilidad en lo ocurrido. De allí nace el acercamiento entre los partidos de centro y de izquierda, que habíamos sido duros adversarios en el período de la Unidad Popular, y surgen nuevas formas de solidaridad

en el mundo social, en los sindicatos, entre los jóvenes, con las iglesias. Fue un largo camino de maduración hasta llegar a una estrategia común que fue la de incorporarnos a la institucionalidad vigente establecida por el régimen militar, y derrocar a la dictadura con sus propias leyes. Así vencimos en el Plebiscito de 1988 que abrió las puertas para ganar las elecciones presidenciales de 1989.

La Concertación de Partidos por la Democracia, coalición que triunfó y sostuvo al gobierno democrático que tuve el honor de presidir, sintonizó muy profundamente con las aspiraciones de la gran mayoría de los chilenos y con las necesidades reales del país. Chile estaba cansado de décadas de confrontaciones, quería y requería unidad para vivir en paz y dignidad y para lograr enfrentar los desafíos económicos y sociales pendientes. Esto hizo posible que nuestra transición estuviera marcada por el sello de la continuidad y del cambio, por la estabilidad y la transformación.

Uno de los problemas más acuciantes que enfrentábamos era lograr la reconciliación nacional, lo cual significaba esclarecer la verdad y, en la medida de lo posible, hacer también justicia respecto a las violaciones a los derechos humanos acaecidas durante la dictadura. No hay política realmente exitosa en esta materia. No se puede reparar la muerte. Todavía en Chile se desconoce el paradero de muchos detenidos desaparecidos. Logramos, sin embargo, esclarecer la verdad y reparar, al menos, el honor y la dignidad de los muertos y de sus deudos y procurar a éstos alguna reparación.

Chile aprendió amargamente la lección, pero la aprendió. Hoy día vivimos en un Estado de derecho donde la democracia, aunque esté lejos de ser perfecta, es una realidad; donde las libertades son plenamente respetadas y donde las fuerzas políticas, más allá de sus legítimas diferencias, han logrado acuerdos sustantivos en torno a los desafíos que nos exige el desarrollo.

Una exitosa transición a la democracia nos permite ahora enfrentar con responsabilidad y entusiasmo los grandes desafíos a que estamos abocados: el crecimiento económico, la superación de la pobreza y la justicia social. Tareas comunes a todas las naciones iberoamericanas, que requieren también un gran esfuerzo común de integración.

Realidad económico-social

Cuando las fuerzas democráticas asumimos el Gobierno en 1990, afrontamos un triple desafío: junto con restablecer la libertad, tenía-

mos que ser eficientes en la tarea del desarrollo económico y, al mismo tiempo, debíamos reparar con prontitud la pobreza y postergación que afectaba a grandes sectores de chilenos.

La política económica implantada por el régimen militar en la década de los 80, si bien tuvo un altísimo costo social, terminó teniendo éxito en cuanto a incentivar el crecimiento. Sus partidarios pensaban que un gobierno democrático sería necesariamente víctima de presiones o tentaciones populistas que conducirían al país a la inflación y al estancamiento. Nosotros deberíamos ser capaces de continuar el crecimiento y, al mismo tiempo, de pagar la deuda social con los más pobres. Eso fue lo que nos propusimos mediante una política económico-social que llamamos de «crecimiento con equidad».

No corresponde exponer aquí los detalles de esa política, que junto con ser rigurosa en mantener los equilibrios macroeconómicos, puso el énfasis en compatibilizar el crecimiento con la justicia social. Una reforma tributaria permitió al Estado disponer de los mayores recursos indispensables para mejorar considerablemente la atención de las necesidades de salud, educación y vivienda de los sectores pobres de la población. Y una reforma de la legislación laboral aseguró a los trabajadores el respeto a sus derechos y mejoró su capacidad sindical de negociación. Al mismo tiempo, tuvimos éxito en implementar acuerdos nacionales entre trabajadores y empresarios sobre política social.

Los frutos de ese esfuerzo están a la vista. En los últimos diez años nuestro PGR ha crecido a un promedio del 6 % anual. La inflación tradicional se ha reducido, en los últimos dos años, alrededor del 12 %; este año se espera el 11 % y confiamos poder seguir bajándola. Las inversiones, tanto nacionales como extranjeras, se han expandido considerablemente llegando en 1993 al 27 % del PGR. Al mismo tiempo, durante el cuatrienio del gobierno que tuve el honor de encabezar, se crearon quinientos mil nuevos puestos de trabajo, la desocupación bajó a menos del 5 % y los salarios subieron más del 15 % real en promedio y los mínimos, cerca del doble. Más de un millón de chilenos salieron de su condición de pobreza y, en general, los pobres son hoy menos pobres que hace cinco años.

Estas cifras, que representan un progreso evidente, no pueden llevarnos al conformismo. Sin duda, la tarea del desarrollo, que exige conciliar el crecimiento económico con la justicia social, sigue pendiente; de ahí la importancia prioritaria que el gobierno de mi sucesor, el Presidente Frei Ruiz-Tagle continúa dándole a la lucha contra la pobreza.

La integración latinoamericana

Chile, por historia y destino, pertenece a América Latina y participa en la construcción de su porvenir. Un continente que por primera vez, en muchas décadas, vive en democracia y se esfuerza por resolver la grave crisis que recibió de herencia de un pasado de dictaduras y populismos.

No será quejándonos ni esgrimiendo teorías como nuestros países avanzarán en el camino del desarrollo. La consolidación de nuestras democracias, el estímulo a la iniciativa de nuestros empresarios, la apertura de nuestras economías a una necesaria competencia, la modernización del Estado y de nuestros aparatos productivos, son el camino que cada uno debe asumir con responsabilidad. Pero no es posible en el mundo contemporáneo pensar en esfuerzos autárquicos ni aislados. La tendencia a la integración de nuestras naciones se impone cada día como una realidad necesaria.

Los procesos de integración de los grandes centros dinámicos de la economía mundial, como Europa, Norteamérica y el Sudeste Asiático, nos muestran un camino exitoso en el cual la competitividad pasa por su integración en el plano regional para participar eficazmente en los mercados internacionales. Chile ha sido un gran promotor de la integración regional en forma flexible, realista y ajena a cualquiera retórica.

Es evidente que dicha integración necesita de algo más que una decisión política, requiere de coherencia económica. Por ello hemos pensado que dicho proceso no tiene que ser necesariamente simultáneo en todos los países, sino que debe desarrollarse en etapas sucesivas. Chile es el país latinoamericano que primero abrió su economía y que lo ha hecho más profundamente. Hoy nuestro comercio internacional se reparte entre Europa, Asia y América prácticamente en tercios equivalentes. Pero estamos empeñados en fortalecer nuestra integración regional; tenemos tratados de libre comercio con México, Colombia y Venezuela, acuerdos de complementación económica con Argentina y Bolivia, y ahora negociamos nuevas formas de relación con el Mercosur y nuestra integración al NAFTA.

Cooperación internacional

Si señalé como la primera autocrítica desde el Sur precisamente nuestra falta de autocrítica histórica y haber culpado sólo al mundo de nuestro atraso, creo que el campo de la cooperación es la otra cara de

la medalla de esa misma visión, que se traduce en esperar de la cooperación internacional una ayuda unilateral en que nosotros nos limitamos a recibir.

Chile tiene una particular deuda de gratitud con la cooperación internacional. Sin la ayuda generosa de la comunidad democrática de naciones, nuestra reconstrucción democrática habría sido muy difícil. Ello nos compromete a tal punto que hemos procurado ser activos participantes en todas las iniciativas internacionales que signifiquen una protección a los derechos humanos y a la solidificación de los principios democráticos.

En el nuevo concierto internacional que surge luego del fin de la Guerra Fría, el triunfo progresivo de la libertad política y económica en el mundo, significa plantearse la cooperación en nuevos términos desde la perspectiva de los países subdesarrollados y en vías de desarrollo.

La cooperación asistencialista llegó a su fin. No la pedimos y no la queremos. Por el contrario, si hemos de asumir en plenitud nuestra propia capacidad de ser protagonistas de nuestro destino, sabemos que el crecimiento es un esfuerzo principalmente interno. Pero también sabemos que todo esfuerzo interno resulta insuficiente si no podemos competir libremente y en igualdad de condiciones en el comercio internacional.

La justicia en las relaciones comerciales y la eliminación de las barreras proteccionistas, especialmente de los países del Norte, es hoy el pilar fundamental de la cooperación internacional. Si nuevamente tenemos el caso de Chile, veremos hasta qué punto ello es crucial para su futuro. Es un país exportador con un mercado interno pequeño y que por tanto sólo puede crecer hacia fuera. Porque necesitamos la apertura externa para nuestra sobrevivencia, somos consecuentes en abrir nuestros propios mercados sin reservas y Chile hoy es uno de los países más abiertos del mundo. No le tememos a la competencia. Le tememos, sin embargo, y mucho, a los bloques comerciales cerrados y a las barreras arancelarias y otras formas de discriminación que distintos intereses corporativos siempre querrán establecer. No nos cansaremos de reiterar a los países ricos que el proteccionismo es la perpetuación de la pobreza entre los pobres.

Nuestra inserción en la economía internacional requiere de justicia comercial en lo externo y de aumento de la productividad y del valor agregado de nuestros productos en lo interno. Aquí reside el segundo pilar de la cooperación internacional: el intercambio científico y tecnológi-

co sin el cual seguiremos siendo exportadores de materias primas. Nuestra relación con España ha sido particularmente fructífera al respecto.

La cooperación entre gobiernos, relevante como lo es, está lejos de ser la única. Aparecen formas nuevas e imaginativas de cooperación que recogen el signo de los tiempos, donde los poderes centrales abren paso a los poderes locales y donde los Estados abren espacio a la sociedad civil. Son los grupos, las ciudades, las organizaciones sociales, las que encuentran sus formas específicas de vincularse. Creo que todos, los ricos y los menos ricos, tenemos un deber de solidaridad con los grupos más vulnerables y marginados, con aquellos que requieren de ayuda directa para adquirir herramientas que les permitan superar su condición.

En el caso de América Latina, me atrevo a mencionar tres grupos que deben ser objeto de una particular preocupación de la cooperación internacional; los pueblos indígenas, cada día más arrasados por una modernización que no sólo no respeta el valor de sus culturas, sino que los saca de ella arrojándolos a la pobreza y a la marginación; las comunas rurales que viven un acelerado despoblamiento y penoso atraso, y las poblaciones suburbanas que sufren todos los dramas de las grandes urbes sin ninguno de sus beneficios y sus promesas, incubando así, especialmente entre los jóvenes, un desafecto por un sistema que nada significa para ellos.

Termino estas palabras diciéndoles que he sido testigo directo y comprometido con medio siglo de la historia de mi país y de mi continente; que he vivido con ellos sus desgarros y sus esperanzas, siempre inspirado en mis convicciones humanistas y cristianas y luchando por la libertad y la justicia y que nunca antes había tenido tanta fe en nuestro futuro. Mi esperanza no es retórica. Si algo pareciera claro en el cuadro de incertidumbre que generan los acelerados cambios que se han vivido en el planeta en estos años, es que el mundo del futuro es de aquellos que tienen voluntad, imaginación, talento y creatividad, vengan de donde vengan. El pasado ya no es una condena o una salvación, como aparecía en las últimas décadas. La historia hoy, y particularmente para nosotros, es una oportunidad.

Mi optimismo no es ciego ni menos triunfalista. El mundo es hoy más libre y abre más oportunidades para nuestro continente, pero el mundo no es hoy más justo. Los caminos que emprendemos para lograr la justicia dentro de la libertad no son ni serán los mismo de ayer; para que nos lleven a la anhelada meta necesitamos imaginación y coraje, audacia y realismo, constancia y solidaridad.

América Latina: Biografía Inacabada

por **Dña. Mercedes Pulido de Briceño**

*Conferencia pronunciada
el 25 de octubre de 1994*

Forum Deusto

América Latina: Biografía Inacabada

por Dña. Mercedes Pulido de Briceño*

Agradezco muy especialmente al Presidente del Forum Deusto, y con él a todos los participantes su invitación a este intercambio en el acogedor pueblo vasco, por la oportunidad que significa dialogar y buscar caminos comunes que enriquezcan nuestros vínculos de cultura compartida.

Los aires de incertidumbre parecieran soplar por doquier. La Humanidad vive un período de profundos cambios y mutaciones. Como sucede siempre con los seres humanos, nada es simple y nada está inmovilizado para siempre.

Con el fin de la guerra fría han aflorado una serie de conflictos y tensiones de origen étnico, cultural, religioso y político que han interrumpido la posibilidad de paz y armonía. A pesar de ello, la búsqueda de los principios y valores democráticos se expande de manera universal, cuarenta y cinco países han celebrado elecciones libres por primera vez en su historia en los últimos cinco años. Se tiende a universalizar la

* Doña Mercedes Pulido de Briceño es actualmente Ministra de la Familia de Venezuela. En 1959 se licenció en Psicología por la Universidad Iberoamericana de México (UNAM), especializándose en París, Chicago y México. Es Doctora Honoris Causa en Ciencias Jurídicas por la Universidad norteamericana John Dewey. Dentro de su actividad docente cabe destacar: Profesora de Psicología de la UCAB (1968-79), Cátedra de Psicología Social en la Universidad Central de Venezuela (1976-79), Maestría de Seguridad y Defensa en el Instituto de Altos Estudios de Defensa Nacional (1976-84). Además ha impartido múltiples conferencias y seminarios en diversas Universidades extranjeras. Dentro de su actividad profesional cabe mencionar: Coordinadora Nacional de Desarrollo de la Comunidad, Caracas (1969-74), Ministra de Estado para la Participación de la Mujer en el Desarrollo (1979-84), Subsecretaria General Adjunta de las Naciones Unidas (1985-88), y desde 1988 Senadora por el Distrito federal en el Congreso de la República. Entre sus numerosas publicaciones destacan: *Experiencia de Política Social en la Democracia Venezolana*, *Trends in women, Participation, y La pobreza en Venezuela*.

valorización de los derechos individuales y la primacía del individuo frente al Estado. En lo económico se han impulsado y fortalecido las estrategias de mercado y la apertura de las economías ha sido un elemento preponderante en Europa Oriental, América Latina y el Caribe.

A pesar de que estas tendencias han facilitado amplios consensos en torno a proyectos nacionales, sin embargo por doquier también se debilitan los principios de representatividad, se enturbian los canales de conducción de la actividad pública, el ámbito colectivo se desfigura ante los intereses particulares y las élites políticas están sujetas a un cuestionamiento continuo.

A pesar de los innegables avances tecnológicos, aún vivimos un mundo en donde la quinta parte de las poblaciones en desarrollo tienen hambre, una cuarta parte carece de acceso a las necesidades básicas y una tercera parte vive en situación de honda pobreza.

Los países, tanto ricos como pobres, están sometidos a crecientes incertidumbres, el debilitamiento de la trama social y la desintegración de las redes familiares, el aumento indiscriminado de la delincuencia que afecta especialmente a los grupos más jóvenes, la difusión de drogas y estupefacientes, las corrientes migratorias masivas y, no puede dejarse de mencionar, el creciente aislamiento individual con sus secuelas de desarraigo.

En gran parte el sentimiento de incertidumbre y falta de rumbo se origina en las preocupaciones de la vida cotidiana. El empleo, el ingreso, la salud, el medio ambiente, la protección frente al delito y la delincuencia son preocupaciones que invaden nuestras energías y que, hoy en día, ponen en tela de juicio las conquistas de la libertad.

Pareciera, entonces, que estas contradicciones crecientes entre los logros facilitados por el progreso técnico y material y las carencias de acceso a los mismos, por parte de grandes grupos humanos, nos lleva a percibir la emergencia de un nuevo paradigma de desarrollo centrado en el ser humano. Esto es, en donde visualicemos el crecimiento económico como un medio para el bienestar social, se faciliten y protejan las oportunidades durante todo el ciclo vital tanto de las generaciones actuales como futuras, y se respeten y protejan los sistemas naturales de los cuales dependemos todos.

Esto significa estar conscientes de orientar todos los esfuerzos a ampliar plenamente la capacidad humana en todas las esferas: económica, social, cultural y política, para abocarse a la autonomía de las personas en la conducción de los acontecimientos que conforman sus vidas.

América Latina en la nueva encrucijada

Desde hace algunos años la región latinoamericana y caribeña realiza esfuerzos para adecuarse a la cambiante realidad. En lapsos muy cortos y mediante procesos socialmente costosos, se ha buscado la reorientación de las estrategias de desarrollo, abocándose a una creciente disciplina fiscal y al control del flagelo inflacionario. Paralelamente, se ha retomado la apertura hacia sistemas políticos pluralistas y participativos y se ha facilitado la emergencia de una cultura democrática.

En la mayoría de nuestros países estos cambios van acompañados de mayores exigencias de los grupos de electores hacia una transparencia en el manejo de la cuestión pública. Es así que surgen progresivamente nuevos actores sociales que fortalecen sus demandas de participación mediante movimientos ciudadanos y de creciente diversificación de la sociedad civil.

Con importantes diferencias entre nuestros países, la gestión macroeconómica ha significado cierta disminución de la inflación y mejor capacidad de administración fiscal, lo cual apunta hacia una modesta recuperación del crecimiento económico. Pero es importante destacar que, a pesar del consenso existente en torno al necesario esfuerzo de ordenamiento macroeconómico, el debate continua en torno al ritmo, secuencia y contenido del proceso.

La transformación del sector productivo se manifiesta en el cambio de las estructuras de exportación. Sin embargo, también aquí existen efectos no deseados como son la acentuación dual de las estructuras productivas, el crecimiento de una economía informal que favorece el subempleo y debilita la productividad.

En algunos de nuestros países la incipiente modernización de las instituciones financieras comienza a atraer la inversión extranjera y la repatriación de capitales; sin embargo, la ausencia de sistemas judiciales autónomos atenta contra la inmediata estabilidad de las inversiones.

A pesar de estos avances manifiestos en los sectores políticos y económicos, la mayoría de los procesos de ajuste han tenido francos efectos regresivos. La pobreza, si bien presente en la región desde hace tiempo, se agudizó y alcanzó a los grupos medios de nuestras sociedades. Por ende, la distribución del ingreso se hizo más injusta y las desigualdades sociales se profundizaron, minimizando los procesos de movilidad social que caracterizaron las décadas anteriores.

En términos más simples, la desigualdad de los ingresos se convierte en una fuente más de fragmentación social, incluso en aquellas so-

ciudades culturalmente homogéneas, profundizando los desfases entre expectativas y realidades, generando continuas fuentes de tensión, explosión social y política.

Las limitadas inversiones económicas tuvieron seria influencia en la calidad y acceso a los servicios públicos con efectos bien negativos en la calidad de vida de los sectores populares y medios, especialmente urbanos. El impacto ha sido fuertemente generado en las áreas de educación, salud y vivienda. El énfasis en la reducción del gasto y la ausencia de estrategias para elevar los ingresos, ha tenido un costo social muy elevado y tal vez innecesario en el deterioro de los salarios y el aumento del desempleo por los despidos masivos.

Los efectos sociales de estos procesos de ajuste y reajuste se pueden observar en la creciente deserción escolar, los niveles de desempleo de los jefes de familia, el crecimiento de las migraciones internacionales y la escalada de la delincuencia en los sectores urbanos, que nos hablan de una desorganización social y ausencia de normativa compartida en la actividad colectiva.

En el campo de la transición demográfica tenemos que reconocer la importancia de la población joven en nuestro continente. Mientras en Europa el 19,6 % de su población tiene menos de catorce años, en América Latina y el Caribe esta proporción alcanza el 35,8 % (ONU 1991). Esto nos demuestra la importancia de la población infantil y la importancia de las familias jóvenes que presenten una gran diversidad en sus estructuras, necesidades y funciones.

En realidad, el desafío que plantea la modernización de las economías de la región, en lo que respecta a la formación de los recursos humanos, exige una mayor intervención de la capacidad socializadora de la institución familiar. La baja calidad de la educación y la escasa capacidad del sistema educativo para compensar las carencias de las estructuras sociales, genera en las familias una presión mayor en la orientación e inserción social de las futuras generaciones. Esta situación es similar a la que se produce en algunos países en donde el envejecimiento de la población comienza a ser significativo y se carece de mecanismos de previsión social adecuados.

El enfrentamiento a la pobreza

Una de las características del fenómeno de la pobreza, que para 1990 alcanzaba el 44 % de la población, es que ella se produce en me-

dio de imágenes de opulencia y consumo, lo que crea un fuerte contraste entre pobreza y expectativas, además que agudiza el sentimiento de impotencia y exclusión social. Podríamos profundizar muchos de los contrastes de carencias en las situaciones de pobreza; sin embargo, lo interesante es comprender su dinámica para así enfrentarla en sus raíces y no simplemente modificar los síntomas.

Hemos mencionado lo importante de las redes de socialización familiar para compensar las carencias de normativa institucional en la región. Por ello, describiremos su relación con las estructuras y funciones de la familia.

Mucho se ha mencionado el problema de la paternidad irresponsable en la familia latinoamericana. Pues bien, es fácil observar cómo los jóvenes pobres tienen un rechazo creciente a asumir responsabilidades de largo plazo, ya que anticipan que el aceptar compromisos reduce sus posibilidades y aspiraciones y, por ende, los condena a la pobreza. Así mismo, la deserción escolar y el poco atractivo de los valores educativos hace que los varones jóvenes se incorporen al empleo en situaciones bien precarias de calificación, haciendo imposible que puedan asumir el papel tradicional de proveedores del hogar. Estos dos elementos debilitan las respuestas de esfuerzo compartido a largo plazo, que antes caracterizaban el concubinato.

Si volvemos nuestros ojos a la estructura familiar, hay factores que influyen en las relaciones internas de nuestras familias. Los pobres tienen escaso control sobre las fuerzas sociales, el desempleo del padre o jefe de familia y su migración hacia centros de trabajo implica mayores responsabilidades económicas a mujeres y madres, así como a los niños.

Las uniones consensuales son parte de la vida de los pobres, ellas se caracterizan por ser inestables y con difícil visión de futuro. Los modelos de relación patriarcal y machista están en franca contradicción con la tendencia, cada vez más profunda, de mayor igualdad en los ámbitos sociales, económicos y políticos.

La carencia de medios, la concentración de problemas y energía de la sobrevivencia diaria, el hacinamiento, influyen no sólo en la nutrición y salud, sino que afecta la madurez emocional y la capacidad de la familia para complementar la orientación y adaptación social.

Las redes de ayuda mutua son de capital importancia para los pobres, la mayoría de ellas significan vínculos de parentesco, compadrazgo, vecindad y conforman el apoyo para la subsistencia dia-

ria. El desplazamiento hacia los centros urbanos ha significado un debilitamiento de este tejido y, por ende, las brechas de exclusión se amplían.

América Latina está poblada por una gran variedad de grupos étnicos, unos de ellos descendientes de los indígenas, otros de grupos trasplantados dentro del proceso de esclavitud y de grandes corrientes migratorias tanto de Europa como del Lejano Oriente.

Algunos patrones valorativos se debilitaron y otros se consolidaron en el largo caminar de discriminaciones, prejuicios, explotación económica y exclusión social o política. En realidad para entender la naturaleza de los conflictos familiares, y las diversas formas de uniones, es necesario abordar el problema de la identidad de las situaciones de marginalidad, así como las normas y la visión del mundo que sustentan la vida en comunidad.

Hemos seleccionado la dinámica familiar para ilustrar la realidad de la pobreza, porque ello nos permite evidenciar que los mismos indicadores sociales corresponden a causas distintas y, por ende, tienen efectos diferentes. En una región en donde más de la mitad de nuestros niños viven en condiciones de sobrevivencia, en la que las familias se encuentran en plena etapa de expansión y, por lo tanto, con menos capacidad de ahorro para la inversión. Cuando los servicios públicos se reducen y aumenta la discrepancia entre las exigencias de patrones de familia tradicional y un medio que demanda respuestas compensatorias de la familia para acceder a las oportunidades, la debilidad de las estructuras familiares tiene efectos mucho más graves, tanto para sus miembros como para la posibilidad de vida ciudadana en la sociedad, en comparación con los países desarrollados.

Al acercarse un nuevo milenio podemos decir que, en un mundo de incertidumbre y cambios, persisten aquellas realidades que han justificado grandes movimientos sociales y políticos como son la marginalidad, la exclusión, la pobreza, las desigualdades. Sin embargo, las transformaciones de los últimos tiempos nos hacen buscar nuevas respuestas en un nuevo paradigma de desarrollo.

Los procesos inacabados

La unidad de la lengua y del mestizaje, nuestra religión, sentidos tribales, mitos vienen de la cultura del pasado y nos llevan a la posibilidad de crear centros que permitan coincidir en una nación común, la

integración global de la economía con la cultura. Esto luce como importante recurso para enfrentar separatismo o regionalismos.

Los procesos de identidad se construyen día a día a partir de influencias y contactos, del contagio con otras culturas y, podemos decir que, América Latina como crisol de culturas está en la búsqueda de sí misma, abriéndose a la interdependencia y la globalidad, reconociendo un mundo pleno de referencias y tradiciones que permiten despertar y dar respuestas políticas, culturales y sociales a los conflictos que, naturalmente, tienen que existir.

El desafío de la democratización es bien complejo. Si la revolución y los cambios traumáticos son opciones de alto riesgo e inciertos, tenemos que recurrir al diálogo, a la apertura de los consensos y la consolidación de sistemas de intercambio confiable. Hasta ahora los latinoamericanos hemos estado en la búsqueda de referencias utópicas o en el manejo de la disuasión como evitación de los conflictos, porque existía el convencimiento que los costos del conflicto excedían los beneficios posibles.

Tenemos que construir nuevas formas de relación basadas en la complementariedad, la reciprocidad, la comunicación, para entender el necesario compartir de conocimientos, de las necesidades y limitaciones políticas de los diversos y nuevos actores sociales.

Ello supone privilegiar el equilibrio, la relatividad y el entendimiento de lo complejo de las instituciones humanas y de la necesidad de visiones compartidas que incluyan lo universal de nuestros compromisos cuando ellos se fundamentan en el ser humano.

El camino de la democracia formal hacia la democracia sustantiva nos obliga a descubrir y construir la integración social de los hasta hoy excluidos en presencia y oportunidades, mitigar y enfrentar la pobreza y aumentar y desarrollar el empleo productivo, lo cual no es otra cosa que ir hacia la complementariedad de la transformación productiva con equidad.

El paradigma de hoy y del mañana tiene que salir de nosotros mismos, al tomar en cuenta nuestro pasado aceptaremos que hoy somos todo lo que hemos sido. Indudablemente que nuestro porvenir está unido parcialmente a la economía mundial pero, además, depende también de la propia capacidad de transformar nuestras aspiraciones y demandas sociales en acción política, nuestras protestas morales en reforma y nuestra conciencia nacional en voluntad de modernización. El surgimiento de nuevos actores es signo de los nuevos tiempos, ya que

los desafíos, más que los recursos materiales, implican la revolución de la capacidad de acción.

Nuestro horizonte es la posibilidad de hacer... porque todo está por hacerse...

Los problemas internos del desarrollo: el Perú

por **D. Carlos Torres y Torres-Lara**

*Conferencia pronunciada
el 3 de noviembre de 1994*

Forum Deusto

Los problemas internos del desarrollo: el Perú

por D. Carlos Torres y Torres-Lara*

En primer lugar deseo expresar mi agradecimiento por esta invitación, que motivada de seguro, más en la amistad que en los méritos, nos permite a mi esposa y a mí, reencontrarnos con España. En particular con el Norte, muy cerca de La Coruña, tierra de mi abuela paterna, quien a principios del siglo decidió viajar a las américas y luego unir su destino y el de sus descendientes al de nuestro tronco familiar materno, también de origen español, que a su vez, en el siglo xvi unió sus raíces con el Imperio Incaico, cuando Don Francisco de Ampuero formó familia con Doña Inés Yupanqui, hija del Inca Huaynacapac uno de los últimos jefes de dicho imperio.

Regresar pues a España, siempre es recibir el grato y a su vez violento impacto, de la tierra que generó las esperanzas del proyecto de vida de una parte sustancial de nuestra sangre, de españoles de origen modesto, que abrieron un nuevo camino, regando en el Perú sus ilusiones, sus valores religiosos, su sufrimiento y su eterna alegría, en la dura y difícil construcción de una nueva nación: el Perú.

* Don Carlos Torres y Torres-Lara nació hace 51 años en el Perú y es actualmente Primer Vice-Presidente del Congreso Constituyente de la República del Perú, Vice-Presidente del Parlamento Latinoamericano y Presidente de la Comisión de Constitución del Congreso. Entre 1990 y 1991 fue Ministro de Trabajo y Promoción Social, y en 1992 Ministro de Relaciones Exteriores y Primer Ministro, Presidente del Consejo de Ministros. Carlos Torres es Doctor en Derecho y en Ciencias Políticas y Abogado por la Universidad Nacional Mayor San Marcos de Lima —de la que es Profesor Principal jubilado—. En la actualidad ejerce como Profesor Principal en la Universidad de Lima, de cuya Facultad de Derecho y Ciencias Políticas ha sido tres veces Decano en la década de los ochenta. Es también Doctor Honoris Causa por la Universidad del Altiplano de Puno y por la Nacional de Ica. En el exterior ha sido invitado como Profesor visitante y ponente por diversas Universidades, tiene publicados numerosos libros: *Derecho de la Empresa*, *Los nudos del poder* y *El Acto Cooperativo*, entre otros, y escribe regularmente en revistas peruanas y extranjeras.

En una primera aproximación, podemos presentar al Perú actual mediante los siguientes datos: tiene la mitad de la población de España y cerca del doble de su territorio.

Mientras que Bélgica duplica su población en 700 años y España en 231, el Perú lo hace cada 35 años.

El ingreso per cápita del español es casi 10 veces el del peruano y mientras su promedio de vida es de 75 años, en el Perú es de 62 años.

En cuanto a la mortalidad infantil, que en España es de 6 niños por cada mil nacidos, en el Perú era de 66. Después del cólera que mató en 1992 a miles de niños, las madres cuidaron mejor su alimentación reduciéndose la mortalidad a 55. Hay por cierto casos mucho más graves. En algunos países del Africa se triplica la cifra peruana.

El Perú tiene una riqueza turística gigantesca. Sin embargo, mientras España tiene ingresos por 36.000 millones de dólares con 57 millones de visitantes, el Perú sólo recibe 400 millones por 334.000 visitantes.

No obstante, el Perú está pasando y saliendo de la peor crisis de su historia. Tan grave que alguien ha dicho que es el país más difícil de gobernar. Por eso es que estudiar las causas internas del subdesarrollo, como ustedes lo intentan hacer, pasa necesariamente por los casos extremos como el peruano.

En 1991, siendo Ministro de Relaciones Exteriores, realicé una visita oficial a España, oportunidad en la que Felipe González, al ver la gravedad de nuestra situación, me manifestó con cierta amistosa reserva, que no veía solución al caso peruano. Era nuestro peor momento.

Lo resumo así: julio de 1990.

La inflación había llegado a 7.650 %. Acumulada en los últimos cinco años era de un millón seiscientos mil por ciento. Las exportaciones totales eran de 3.000 millones de dólares, pero el terrorismo había destruido obras por valor de 25.000 millones de dólares y la deuda externa era y sigue siendo otro monto igual. Para pagar ambas se necesitaban casi 20 años del valor total de nuestras exportaciones.

Algo peor: Veinticinco mil muertos en la guerra interna, sesenta por ciento del territorio nacional controlado por las fuerzas terroristas de Sendero Luminoso, un subempleo del 75 %, un mercado informal del 60 %, más de cien mil campesinos cultivando 300.000 mil hectáreas de coca, con la complicidad del terrorismo y la generalización de la inmoralidad promovida por el tráfico internacional de la droga.

El 70 % de los habitantes son pobres, el 50 % están sin agua ni electricidad y hay zonas donde el 50 % es analfabeto.

A todo este espectáculo infernal, se sumó una sequía que afectó al 10 % de la población y además apareció el cólera que llevó a la muerte a miles de personas.

Hasta el año 1980 la sucesión de gobiernos militares había impedido la formación de clases políticas estables, la formación del pueblo era de tipo populista, siempre en espera de quién le ofrecía más. Por todo esto consideré que las expresiones de Felipe González eran duras, pero objetivas.

¿Qué es lo que llevó al Perú a esta situación? ¿Cuáles son las causas internas del subdesarrollo, además de las conocidas causas externas? ¿Por qué un país con un rico territorio puede llegar a un nivel tan extremo? ¿Dónde está la causa social de la violencia? ¿Cuál es la solución?

En mis primeras palabras les referí mi ascendencia familiar. Pues bien, esa experiencia no es original. Corresponde a muchas familias peruanas. Y en esencia es precisamente uno de los elementos fundamentales del grave problema del desarrollo peruano y americano en su largo proceso de formación de las nuevas naciones. Es también comparable con el proceso que siguieron otros Estados, como es precisamente España, tierra de variadas culturas, que unieron, al pasar de los siglos, sangres de muy diversos pueblos: Iberos, Celtas, Visigodos o Moros, entre otros. La España de fines del siglo xx es todavía un crisol de culturas, que tratan de expresarse vivamente en el régimen de las autonomías políticas. Un caso muy ilustrativo es precisamente el del País Vasco. Estoy seguro que desde aquí se podrá entender mejor nuestra problemática.

Pues bien, aquí aparece ya el centro del tema que trataré hoy: «Acerca de las causas internas del subdesarrollo».

Si a las puertas del siglo XXI España todavía hace todo tipo de esfuerzos por lograr su unidad respetando sus distintas autonomías culturales, el Perú afronta similar problema, pero con mucha mayor profundidad, debido a que en el Perú (y ésta es nuestra tesis) no sólo se ha dado una progresiva acumulación de culturas similares, cercanas en su tiempo y en su espacio, sino una superposición de culturas, tiempos y espacios diametralmente distantes e incluso contradictorios.

En efecto, las culturas que chocaron en mi querida patria, no sólo fueron diferentes (mientras fueron las americanas), sino opuestas a partir de la colonización española.

Sólo fueron diferentes y no opuestas mientras la correlación fue entre aborígenes americanos, como puede verse comparativamente de la cultura Mochica Chimú del norte o la cultura Paracas al centro y muchas más, las que a su turno fueron dominadas en el siglo xv por el Imperio Incaico.

Esas culturas pre-incaicas se originaron en algunos casos en una historia que se remonta hasta en quince mil años. Eran en parte, culturas más avanzadas que la de los Incas. Fueron en esencia la Grecia Americana, que al final de su desarrollo quedaron bajo el dominio de la fuerza guerrera y la admirable organización administrativa de los Incas, quienes a su vez, como los romanos en Europa, lograron controlar y asimilar las culturas dominadas.

La nueva nación Inca con sólo un siglo de vida, integró bastante bien a las culturas pre-incaicas, mediante un idioma común, el quechua, la misma religión del Sol y una magnífica organización administrativa. Pero cuando el proceso estaba casi concluido, fue sin embargo dominada por la civilización occidental. Llegó la conquista española con una cultura, ya no sólo diferente, sino radicalmente distinta, esencialmente opuesta.

Para la sociedad indígena el nuevo cambio no era dentro de coordenadas cercanas como lo había sido antes: que si el Sol era un dios más importante que la Luna pues brillaba más, tanto que no se le podía mirar directamente, o las dudas sobre cuál de los dioses se adecuaba mejor a la Naturaleza. Sino que ahora, se les presentaba un solo Dios, además invisible, que no sólo carecía de luz y adecuación a la Naturaleza, sino que éstas habían sido creadas por El. Tenía un hijo, que había muerto en una cruz, mientras que el Sol y la Luna nunca morían.

Por otro lado, el nuevo centro económico que se les imponía, ya no era la agricultura, ni un elemento de ella, eje de la organización social: como la papa, el maíz o el algodón, sino la minería.

La solidaridad propia de la primera sociedad es enfrentada con el individualismo de la segunda. En efecto, actuando en una tierra excesivamente quebrada, donde en vez de inventarse la rueda o desarrollarse el individualismo (que no habrían tenido mayor importancia), se desarrolló más bien, mediante la ayuda mutua, la siembra en andenes, la canalización de enormes ríos y la construcción de miles de kilómetros en caminos. Centenares de montañas, canales y caminos que perduran hasta la actualidad, así lo acreditan.

Gigantescas dificultades naturales obligaron al comportamiento solidario: inmensos desiertos en la costa, separada transversalmente por montañas que superan los 4 o 5 mil metros de altura, en tres cadenas seguidas, la distancian de la quebrada sierra y a su turno, de la selva más tupida del mundo: la Amazonia.

Todo ello obligó y exigió de modo natural la construcción de una sociedad donde la ayuda mutua y la solidaridad fueran durante miles de años la base del modelo social. Pero, cuando con la llegada de los europeos, el centro económico pasó a la minería: todo cambió de modo violento y radical. La solidaridad debió ser sustituida por el individualismo, la ayuda mutua por la competencia, el colectivo del Ayllu por la familia o incluso por la persona, el cambio por la intermediación, el almacenamiento previsional por la acumulación especulativa, etc.

Esto nos recuerda la leyenda de la Creación de Bécquer. Como ustedes recordarán, cuenta el autor de la leyenda de origen indio, que un día, mientras el dios Brahma descansaba de sus esfuerzos en la creación, unos graciosos y traviosos enanitos criados por él, los Grandharvas, ingresaron en su laboratorio. Entre risas y saltos, juntaron el contenido de las redomas que dios había separado cuidadosamente. Pusieron juntos al amor con el odio, lo bueno con lo malo, lo bello con lo feo, el valor con la cobardía, la alegría con la tristeza y todos los opuestos que encontraron. Entre grandes carcajadas, uno de ellos sopló un líquido y apareció un mundo deforme que rodó por el abismo. Al verlo Brahma, la indignación llameó en sus pupilas, pero cuando ya tenía levantada la mano sobre aquella creación para destruirla, el más travieso pero el más mono se arrojó a sus plantas diciéndole no rompas nuestro juguete. Brahma no resistió y exclamó: «Id turba incorregible, marchaos donde no os vea más con vuestra deforme criatura. Ese mundo no debe, no puede existir, porque en él, hasta los átomos pelean con los átomos; pero marchad, mi esperanza es que no durará mucho.»

Algo parecido sucedió en América. Dos mundos opuestos, procedentes a su vez de formaciones recientes e inestables, chocaron sin aproximaciones progresivas como dos gigantescas olas históricas. Ambos pueblos, en ese entonces, no sólo eran, sino que se sentían, los más poderosos de la tierra: el Imperio Español en Europa y el Imperio Incaico en América.

Han pasado quinientos años del encuentro y aún la mar está embravecida. De ahí mismo, de esa tempestad, parten hoy los grandes problemas internos del desarrollo del Perú y de gran parte de América.

Cuanto más grandes fueron las culturas aborígenes, más grandes son los problemas internos del desarrollo.

El Perú debe ser el caso extremo de tales dificultades, pues salvo el caso mexicano, en las demás tierras americanas, la cultura europea no encontró otra igualmente fuerte y dialécticamente opuesta

Nuestro error ha sido durante mucho tiempo olvidar estos hechos, pretendiendo ver un Perú indio, europeo o mestizo, cuando no es ninguno de ellos, sino más bien un país en proceso de mestizaje, que durante muchos años mantendrá sus tres manifestaciones culturales.

Si el subdesarrollo se determina en base a cifras comparativas relacionadas con el índice de mortalidad infantil, el tiempo de vida de las personas, su educación, el promedio de ingresos per cápita, el volumen de exportaciones, etc., las causas de las cifras negativas responden a que el pueblo no ha tenido las condiciones de formación progresiva y estable propias de una adecuada preparación para la competitividad, queda en el camino del desarrollo. Como en toda competencia, si un atleta carece de entrenamiento, salud y desarrollo equilibrado, verdaderas fuerzas de su competitividad, perderá, quedará relegado.

Igual un pueblo como el peruano, asentado en un inmenso y rico territorio. Con una de las mayores y más variadas riquezas marina, minera, agrícola, climática y social del mundo, enfrentado al desarrollo fue llevado hasta hace poco a una guerra interna de autodestrucción total. Parecía seguir la previsión del dios Brahma, de la leyenda de Bécquer.

¿Cuál o cuáles han sido las causas del subdesarrollo si existía tal riqueza? Simplemente por que no había logrado una comunidad estable, hecho más importante que tener bienes. Japón y Perú son buena prueba de ello. Mientras que el país asiático ha prosperado en una tierra pequeña y sin riquezas, el Perú ha permanecido como subdesarrollado no obstante ser inmenso y rico. La razón así resulta evidente, no son las riquezas naturales las que conducen al desarrollo sino el tipo de comunidad que se aprovecha de ellas.

Entonces surge la siguiente pregunta. ¿Cuál es la razón por la cual algunas comunidades han logrado internamente su adaptación para el desarrollo? En nuestra opinión ello se ha debido a la conformación de la comunidad, en el tiempo y en el espacio adecuados.

Las comunidades que se han desarrollado más rápidamente han sido aquellas que han combinado un espacio relativamente pequeño y

uniforme con una interrelación cultural frecuente y similar. En esencia, una relación adecuada en los factores de tiempo y espacio.

En el caso peruano, y de gran parte de América, la abrupta superposición de tiempos y espacios opuestos ha sido una de las principales causas del subdesarrollo. Ellas no han permitido el desarrollo de comunidades uniformes en su cultura ya que el cultivo de su espíritu, verdadero sentido de la cultura, ha respondido a tiempos y territorios diferentes superpuestos violenta y no progresivamente.

Para decirlo de una manera simple. Todos estamos de acuerdo en que un hombre de la selva entiende al mundo en modo muy diferente al que vive en el desierto, o a otro que proviene de las altas montañas. Un hombre de una tribu mira el mundo de modo muy diferente a un banquero en Nueva York. El mundo es el mismo, pero los tiempos y espacios son diferentes.

Los pueblos no sólo desarrollan su propia visión de la vida sino que se influyen progresivamente, ganando unos la experiencia de los otros. Pero si en un mismo momento y espacio juntamos situaciones diametralmente diferentes, la comunidad estará durante un largo tiempo desadaptada, hasta lograr el mestizaje de sus diferentes visiones del mundo.

Ahora bien, mientras que las comunidades desarrolladas se han formado en espacios relativamente pequeños, fortaleciendo sus propias visiones y enriqueciéndose lenta y progresivamente de la experiencia de sus vecinos, en el Perú, a partir de la colonización europea, el tiempo y el espacio se superpusieron violentamente, dando origen a una comunidad cuya conformación demandaría mucho más de medio milenio.

El problema de superposición extrema de tiempos y espacios genera en el observador visiones tan diferentes que el objeto observado resulta ser distinto. ¿Les parecería extraño que mientras dos personas tratan de ponerse de acuerdo sobre la forma que debe tener una silla, una tenga en la mente una habitación y la otra entienda por silla un perro? ¿Cree que no es posible? Veamos un trozo de la historia que unió a España con el Perú.

Los Incas, grandes guerreros, avanzaron durante el siglo xv y xvi, desde el Cuzco hasta Quito, unos tres mil kilómetros. Hacia el Sur llegaban a ocupar unos quinientos kilómetros más. Cada conquista la iniciaban con obsequios: adornos, comidas y ayuda, hasta dominar al respectivo pueblo. Sólo en caso extremo, usaban las armas. Los hijos de los caciques dominados, eran no sólo reconocidos como autoridades,

sino enviados al Cuzco para capacitarse; y, sus dioses, eran enviados al Templo principal del Cuzco, donde junto al dios Sol, integraban la lista de los dioses de todos. Cuantos más dioses más y mejor estaban todos. Los pueblos vencidos correspondían el aprecio y estima con los mejores obsequios posibles. No obstante, la lejanía de estos pueblos, sus culturas eran bastante uniformes. El grado de su desarrollo había sido durante miles de años interrelacionado.

Pues bien, un día, cuando el Inca reposaba con sus ejércitos, en Cajamarca, tuvo información de la llegada de unos hombres blancos que querían hacerle algunos obsequios. Venían de la mar, en grandes embarcaciones. Dio día y hora para recibirlos, y cuando esto ocurrió, uno de los españoles se le acercó y le entregó el obsequio respectivo. Tan importante era esta nueva cultura, que a los ojos de los aborígenes tenía seres increíbles, mitad hombres y mitad animales, que corrían más rápido que los auquénidos y armas con gran sonido que podían matar a la gente disparando sólo humo. El Inca sobre su anda mostraba todo su poderío: miles de hombres, gran organización, mucho brillo y color. Recibió así el obsequio, del que a través de un recién iniciado traductor, se le explicó que era el mejor de los regalos que podrían hacerle a él y a todo su pueblo.

El obsequio permitiría vivir eternamente, ser feliz, y ser grande. El Inca recibió el objeto. Observó que era un atado de hojas descolorido y con pinturas monótonas. Seguro pensó en los atados de flores selváticas que abundaban en la zona, llenos de colores firmes y llamativos, todas diferentes, llenas de vida, renovables diariamente. Se llevó el atado a los oídos, pero no percibió nada, carecía del sonido o del trinar de las aves multicolores. Entonces intentaría comerlo, pero al acercarlo a su boca, sintió queapestaba. No podía ser un regalo, era una burla a su sabiduría. Quienes llegaban con animales-hombre o flechas de humo, ¿le ofrecían ese objeto? Sólo optó por dejarlo caer al suelo.

El fraile dominico Vicente de Valverde, que había entregado el «atado», vio otra escena. El había entregado los evangelios, por encargo de Dios y de su Rey. Arrojada al suelo estaba la palabra divina, el orden establecido, la verdad y la vida. Sólo había una solución, disparar, como así lo ordenó, contra la masa de esclavos para poner en prisión al irrespetuoso y prepotente indígena. Es decir cumplir nada menos que con el mandato de Dios.

Dos escenas totalmente diferentes. Vistas por dos hombres que actuaban de buena fe, el mismo objeto era diferente cosa: Mientras que

para los indígenas el objeto que veían era el continente, para los españoles el valor estaba en el contenido.

La distancia cultural era tan grande, que lo mismo sucedió con otros fenómenos, como salir de un dios Sol tan brillante que casi no se le podía ver, a un Dios sin forma ni fondo, nada menos que invisible. Pasar a estimar más los adornos del oro que abundaba como piedras más o menos estimadas, que la comida o los animales que daban la vida. Todo resultaba imposible de creer. Los cambios anteriores habían sido progresivos. Hoy eran violentos.

La diferencia de tiempos en el desarrollo cultural, mediante saltos equivalentes a miles de años, implicó la superposición de dos culturas, la dominante con su lectura de la realidad y otra, la dominada, con otra visión diferente.

Sin embargo ambas emprendieron un entendimiento lento y progresivo hasta el siglo xx, cuando sin terminar el proceso de mutua aculturación, se produjo una segunda gran ola.

Este nuevo oleaje histórico volvió a conmover violentamente la estructura de dominación preexistente. Ahora fue la explosión demográfica, sumándose en forma sucesiva las siguientes etapas: crecimiento poblacional, más pobreza, violencia y desplazamiento masivo de pueblos enteros.

Lima creció en 50 años de uno a siete millones de habitantes. El crecimiento se incrementó no sólo por un alto índice de natalidad y la reducción radical de la mortalidad, sino además por la movilización interna de las personas. Nunca antes la población se movilizó tan rápidamente de una zona a otra. En 1994, se ha constatado que hay ciudades donde el 30 % de la población es diferente a la del año anterior. La movilización de los pueblos se ha debido en gran parte a la lucha armada que obligó a realizar mudanzas enteras de algunos pueblos, que hasta 1993 quedaron sin una sola persona. Fueron abandonados totalmente. Hasta que en 1994 ha comenzado el gran retorno. Esta movilización originó una nueva y muy grave superposición de tiempos y espacios. Se estima que sólo en Lima deben existir más de un millón y medio de personas que huyendo de la violencia del interior, se han afincado en la capital. Se les conoce como los desplazados y no son otra cosa que verdaderos refugiados en su propia patria. La ACNUR, institución internacional de la ONU inició los estudios necesarios para ayudar a los refugiados «en su propio país» como una nueva realidad frente a lo que fue siempre el refugiado en el extranjero.

La situación de los refugiados internos, es decir de los desplazados, es extraordinariamente grave no sólo por su cantidad sino particularmente por su desadaptación en el tiempo y en el espacio. Normalmente los desplazados son personas que sólo hablan el quechua y que generalmente no saben leer ni escribir. Dentro de la misma ciudad capital establecen subpueblos, es decir espacios transplantados, donde se mantienen unidos con sus lazos familiares, ayuda mutua y costumbres propias. Son pocos los que logran salir de su grupo y se integran a la sociedad. Lo palpable y objetivo es el gran problema de resolver situaciones complejas donde se superponen visiones humanas con cuatrocientos o más años de diferencia, en el mismo tiempo y espacio. ¿Cómo encarar el problema?

El terrorismo senderista logró ubicarse no sólo en gran parte del territorio, sino además, en las selvas amazónicas y ahí profundizó lo que ya había hecho parcialmente en las zonas andinas más olvidadas, aquellas con un atraso relativo de cien, doscientos o trescientos años. En la zona selvática hay todavía tribus que viven al margen total o casi total de la civilización. Con su idioma y costumbres propias de un atraso relativo, que podría estimarse entre quinientos o mil años. Ahí, tal como ha sido con la tribu de los Ashaninkas, Sendero Luminoso estableció, mediante el terror, un gobierno fundamentalista. Los niños, desde los 6 o 7 años, aprendían que el Presidente del Perú era el terrorista Gonzalo, por el cual había que entregar la vida misma. La educación impartida era dividida en cursos fundamentalistas preparando a los niños para la guerra interna. Grandes zonas de éstas han sido recientemente recuperadas bajo el control nacional. Se sospecha que aún quedan áreas ligadas a este trato, generador de mentes totalmente desadaptadas de la realidad.

Para darse cuenta de este fenómeno hay que recordar que el territorio, excesivamente grande y accidentado para las posibilidades de un gobierno integrado, mantuvo por mucho tiempo a grupos diferentes en zonas muy distintas. La costa desértica a criollos, la sierra agrícola a indígenas dominados por grupos europeizados y la selva aún en gran parte virgen, a tribus selváticas con escaso o nulo contacto con la civilización. Enorme dificultad para integrar rápidamente una cultura mestiza.

Sin embargo, si bien los tiempos de sus respectivos desarrollos culturales eran diferentes, algunos elementos integradores, como el sentimiento de la procedencia común del imperio de los incas, el avance de un idioma común, el español y particularmente los ideales de la religión católica fueron los principales integradores de la nacionalidad mestiza que se afirmaba, hasta que el nuevo fenómeno de la explosión demo-

gráfica, el aumento de la pobreza, la violencia terrorista y la movilización masiva de los pueblos desplazados, junto a la revolución de las expectativas, generó nuevamente una violenta superposición de tiempos y espacios.

En resumidas cuentas, en el análisis de las causas internas del subdesarrollo, debe estudiarse entre otras de importancia, el tema relativo al grado de articulación social, teniendo en cuenta el choque violento de tiempos y espacios culturales radicalmente distintos.

Pero ahora retornemos a una anterior afirmación que he hecho. El Perú, no obstante la gravedad de los problemas analizados, está saliendo muy rápidamente de su crisis. Asombra comprobar que con decisión lo que parecía imposible, es realizable en un relativo corto plazo.

Veamos algunas informaciones sobre el cambio producido en el Perú en los últimos cuatro años:

- El terrorismo ha sido prácticamente vencido, fundamentalmente en base a un trabajo de inteligencia. Ha sido apresado y condenado el líder máximo y la cúpula terrorista. El Estado ha pasado de controlar el 40 % del territorio, a un 95 % del mismo. Sendero Luminoso sólo controla a algunas tribus selváticas aún no detectadas.
- La inflación ha pasado de 7.650 % anual a un 20 %. En realidad ya estamos en 0,3 % mensual.
- Las reservas del Banco Central de Reserva han pasado de menos 200 millones a más de 4.000 millones de dólares.
- El déficit causado por las empresas públicas que absorbían el 60 % del presupuesto ha sido convertido en utilidades y diversas empresas han sido transferidas a inversionistas nacionales o extranjeros.
- La negativa al pago de la deuda externa ha sido variada por una adecuada negociación, que ha permitido el reingreso del capital extranjero.
- A partir de la promulgación de la nueva Constitución de 1993, se ha iniciado un salto internacional gigante en materia de inversión extranjera. La Bolsa de Lima, está ubicada entre las diez más rentables del mundo.
- El crecimiento del Producto Bruto Interno pasó de 0 al 9 %, el más alto de América, y uno de los más altos del mundo.
- Por primera vez desde hace muchos años se ha incrementado el monto de las exportaciones. Se estima que en el año 1995 el incremento será superior al 20 %.

- En materia de Derechos Humanos se han reducido sustancialmente las infracciones cometidas por el personal policial o militar. Se ha logrado combatir y suprimir las desapariciones, los grupos paramilitares e incluso se ha producido la más amplia reforma carcelaria, facilitando a los subversivos una política de reincorporación a la sociedad.
- Han desaparecido casi por completo las bombas, los secuestros sobre los empresarios, la carencia de agua y corriente eléctrica propios de la etapa en la que Sendero Luminoso se presentaba arrinconando a Lima.
- La actividad turística se ha incrementado en un 100 %.
- La paz ha hecho regresar a los turistas, al capital de los nacionales y extranjeros, a la generación de un nuevo sector privado.

Pero todo esto aún es absolutamente insuficiente. La pobreza aún no se supera y la carencia de trabajo es la misma. La fuerza vital de la pequeña empresa, prioritaria constitucionalmente, desde la informalidad, tenderá a resolver progresivamente este problema a partir de la innovación y de la creatividad que lo tipifica.

El desarrollo se podrá realizar mediante dos caminos fundamentales, algo más largos pero vitales: la educación y la información. La fuerza del futuro no está en la riqueza natural de los países, sino en la educación e información que tenga cada pueblo. Por eso, los siguientes datos en materia educacional son significativos:

Si bien España tiene el doble de población que el Perú, el número de estudiantes de primaria es casi igual debido a la explosión demográfica peruana de los últimos tiempos. Por eso el Perú hace esfuerzos extraordinarios en esta materia. Actualmente el promedio de alumnos por cada profesor primario en Perú ya es de 31 mientras que en España es de 26. En secundaria el promedio de alumnos por profesor es de 23 mientras en España es de 21. El número de escuelas primarias y secundarias en Perú es de 33.000 mientras que en España es de 22.000.

El Perú inaugura cada día tres nuevos colegios.

La educación y la información basada en la revolución tecnológica comunicativa permitirán obtener la consolidación de la estructura social, su integración, el avance de la democracia, el respeto de los derechos humanos y una mejor vida para cada peruano, no importando la magnitud de los enormes problemas que hemos tenido que asumir.

Obtenida la victoria sobre el más sanguinario de los movimientos terroristas, Sendero Luminoso, el Perú ha centrado sus esfuerzos en la

educación y en la revolución tecnológica de las comunicaciones para acelerar su integración nacional. Por eso, para terminar, queremos decir que deseamos, que desde España, nuestra madre patria, y en particular desde el País Vasco, se comprendan las dificultades de nuestro desarrollo, y se perciba que el esfuerzo por salir adelante dependerá de nosotros mismos. Nuestro esfuerzo actual ya no requiere tanto de la ayuda económica internacional, sino fundamentalmente de la comprensión de nuestro actuar, a partir de la comparación de nuestros mutuos problemas, en gran medida similares y de la forma cómo dentro de nuestro común respeto por el hombre, debemos enfrentar el problema del bienestar de nuestros pueblos.

Por todo eso, gracias por permitirnos haber hecho uso de la palabra, para decirles que la obra e ideales de los españoles llevada a América está aún inconclusa, pero en construcción. Y que el resultado del mestizaje que partió del respeto a la vida, desde la conquista, dará finalmente un mejor resultado, que la acción de otros pueblos que en el siglo XVI y XVII prefirieron suprimir la existencia de los pueblos aborígenes. España renace así en la parte más activa del Continente y América Latina se reencuentra, toda ella mestiza y con su propia personalidad con los grandes valores del mundo occidental.

En la búsqueda de un tiempo perdido

por **D. Oscar Arias Sánchez**

*Conferencia pronunciada
el 22 de noviembre de 1994*

Forum Deusto

En la búsqueda de un tiempo perdido

por D. Oscar Arias Sánchez*

Agradezco profundamente la invitación que he recibido, desde la Dirección de Cooperación al Desarrollo del Gobierno Vasco, y desde la Universidad de los Padres Jesuitas de Deusto, para que participe en esta serie de conferencias sobre desarrollo y paz en América Latina, bajo el sugerente título de «Visión autocrítica desde el Sur».

Como ocurren estas cosas, se ha dado a mi comparecencia el título de «En la búsqueda del tiempo perdido», en probable referencia al tiempo que América Latina no aprovechó para llegar más temprano a la modernidad y a la democracia. Recuerdo que, con motivo de la conmemoración del 500 aniversario de la llegada de Cristóbal Colón al Caribe,

* Don Oscar Arias Sánchez nació en Heredia, Costa Rica, en 1940. Realizó estudios universitarios en la Universidad de Costa Rica, donde se licenció en Derecho y Ciencias Económicas. En 1974 se doctoró en Ciencias Políticas por la Universidad de Essex. A su regreso de Inglaterra, ejerció varios años la enseñanza en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Costa Rica. Ocupó luego el cargo de Ministro de Planificación y Política Económica de Costa Rica hasta 1978, año en el que pasó a formar parte de la Asamblea Legislativa hasta 1982, y en 1986 asumió la Presidencia de su país hasta 1990. Su iniciativa para alcanzar la paz en Centroamérica culminó con la firma de los acuerdos de Esquipulas II en 1987. En ese mismo año se le concedió el Premio Nobel de la Paz y el Premio de la Paz Martin Luther King. Desde 1988 ha recibido doctorados honoris causa de Universidades como Harvard, Oviedo, Essex, Indiana e Illinois, y ha sido galardonado con varios premios, como el Premio Príncipe de Asturias. El Dr. Arias forma parte activa del SIPRI, el Centro Internacional para los Derechos Humanos y el Desarrollo Democrático, el Centro Carter, la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, etc. En la actualidad el Dr. Arias desarrolla sus actividades internacionales desde el Centro para la Paz de la Fundación Arias, a la cual él aportará la totalidad del importe monetario del Premio Nobel. Desde el Centro, participa activamente en todos los procesos globales que favorecen el desarrollo, la resolución pacífica de los conflictos, la desmilitarización y el desarme.

un original editor sudamericano nos solicitó a varios dirigentes y escritores de nuestro continente, artículos para una antología —nunca publicada por cierto—. En el proyecto, el libro llevaría un título que me hizo tomar la precaución de consultar el Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, específicamente en la letra jota. Ahí me enfrenté a una palabra, calificada de «voz malsonante», cuya acepción principal sugiere la idea de entidad violada, de algo abyectamente demolido.

Pero otras acepciones, también poco benévolas, corresponden con buena aproximación al significado que en mi país se le da a la palabra «fregar» que, curiosamente, entre nosotros casi no se emplea para designar la acción de limpiar enérgicamente los implementos de cocina o el piso de una habitación. En Costa Rica, una persona, una cosa, una institución o una idea «se frega» cuando sufre un colapso, cuando fracasa y ya no tiene salida, cuando todo se ha acabado. El sentido es el mismo, pero la palabra no es tachada de malsonante por el diccionario, y por eso me siento más tranquilo si se me permite comenzar con la pregunta planteada en el título de la frustrada antología, pero hecha a la manera costarricense: ¿Es que América Latina se fregó sin remedio? ¿Es posible recuperar el tiempo perdido?

La memoria histórica

Si nos apejáramos estrictamente al sentido de aquel título imposible, estaríamos aceptando que hubo un momento de la historia en el que América Latina sufrió el equivalente a una violación, y que de ahí en adelante le tocó la poco envidiable suerte que, en un mundo machista, le es reservada a la mujer víctima de la agresividad lujuriosa del macho. Del mismo modo, aceptaríamos la sugerencia de que hubo un momento históricamente definido en el que todavía existía una América Latina intocada, provista de un insospechado conjunto de virtudes que la habilitaban para un magnífico y honorable matrimonio con un mundo que debió comenzar por cortejarla con consideración, un mundo que habría de compartir con ella un futuro sin violencia y con igualdad de oportunidades para todos los pueblos.

Pero la historia nos enseña que no existe comunidad, grande o pequeña, que haya ido al encuentro con el mundo como se llega a un matrimonio siciliano. Todas han sufrido o han ejercido alguna vez la violencia, y es posible que no haya una sola que no guarde en su colección de símbolos uno alusivo a la lucha por su identidad, su libertad o su independencia. Lamentablemente, la memoria histórica de los pue-

blos se nutre tanto de la gloria de haber «fregado» a otros, como de la humillación de haber sido «fregados» por otros. De hecho, la remembranza, real o mítica, de los momentos en que estuvieron o las tuvieron «fregadas», constituye un elemento básico para la cohesión y la supervivencia de las colectividades humanas.

Desde luego, una sociedad puede «fregarse» ella misma, sin ayuda externa, mediante la adopción de creencias, costumbres, ideologías o instituciones autodestructivas. A esta posibilidad se refieren quienes tratan de «fregarnos» atribuyendo a los pueblos latinoamericanos una propensión natural al subdesarrollo o una incapacidad intrínseca para la vida democrática. En este punto cabe tener presente que la resistencia represiva a las nuevas ideas suele basarse en la consideración de que, aceptándolas, la sociedad se «fregaría». En América Latina, las cárceles y los cementerios casi siempre han estado repletos de víctimas de los aparatos de represión que pretenden evitar que nos «freguemos» desde dentro. Y es muy cómodo atribuir, a quienes intentan «fregar» desde dentro, un vínculo con el interés de «fregarnos» desde fuera.

¿Descubrimiento o Invasión?

Tras haberse celebrado con bombos y platillos un trivial aniversario más de la primera incursión europea en el continente que hoy llamamos América, es común el empeño por demostrar que fue entonces cuando América Latina «se fregó». Pero, si se toma en cuenta que lo latino alude en último resultado a la herencia cultural de una limitada comarca del mundo grecorromano, mal podría afirmarse que una América destinada a llevar el adjetivo de «latina» fue destruida, asolada, desarticulada, violada o «fregada» por las calzas de unos marinos y aventureros mediterráneos que llegaron a aquellas costas guiados por un probable genovés. Después de todo, América Latina es un nombre formado por dos palabras del más rancio abolenjo europeo. Y si bien Amerigo Vespucci fue un actor muy marginal de nuestra historia, no hay duda de que el latino Cristóbal Colón desempeñó un papel destacado en la inauguración de América Latina.

Fue falso el argumento de los mercantilistas europeos en el sentido de que la Conquista —o la Invasión— de América tenía como objetivo principal la expansión del Cristianismo. Pero es irónico pensar que en algún momento el poder romano atribuyó al Cristianismo primitivo el propósito de «fregar» al Imperio y que, siglos más tarde, América fuera

sometida, bajo el estandarte de ese Cristianismo, a la influencia de la tradición grecorromana. Es muy improbable que Cristóbal Colón haya creído que el Cristianismo había «fregado» a Roma. Por el contrario, él condujo a través del océano la prueba de que, todavía en 1492, Roma y su civilización no habían sido totalmente «fregadas» y continuaban su incontenible expansión.

Es, entonces, demasiado temprano para hablar de una América Latina que se «fregó» con la llegada de los españoles. Ciertamente nos preceden más de cinco siglos de frustración, miseria y violencia, pero soy optimista y creo que «fregar» a América Latina será más difícil que «fregar» a Roma, que hay un destino latinoamericano que aún está por cumplirse, y que el mundo, en el próximo milenio, será más latinoamericano que lo que el mundo de 1994 es español o romano.

La paternidad de América Latina

Mal que nos pese, el acontecimiento que hoy no sabemos si llamar descubrimiento, encuentro, choque o invasión, representa el capítulo inaugural de nuestra historia. Que ese capítulo se caracterizó por la violencia y el despojo, por la intolerancia y el crimen, por la avaricia y el genocidio, es innegable, pero todo eso es irreversible.

Si algo o alguien «se fregó» con la llegada de los europeos a nuestro continente, no fue una América Latina para entonces inexistente. A razón de cobrar agravios históricos, ha de reconocerse que la trágica aventura de la Conquista consistió en la violación de la América precolombina, violación generatriz de esta realidad que ahora examinamos bajo el nombre de América Latina y cuyos padres históricos fueron los Colón, los Cortés, los Pizarro, los Valdivia y los Perafán de Rivera, tanto como los Moctezuma, los Garabito, los Tupac-Amaru, los Hatuey y las Malinche. Todos ellos practicaron esa paternidad con la misma inconsciencia de los soldados romanos que un día clavaron en la cruz a un humilde carpintero de Galilea.

No es cuestión de absolver al descubridor, al colonizador o al invasor, de la responsabilidad que le cabe en la emasculación de las civilizaciones precolombinas y en la destrucción de docenas de culturas. El problema es que, si fuera posible pensar en una restitución de lo destruido, ésta no podría significar a su vez la demolición de ese edificio histórico y político que se llama América Latina. No debemos

olvidar, por otra parte, que la invasión europea tuvo, como trágico corolario, el desarraigo por la esclavitud de miles y miles de africanos cuya descendencia se incorporó vitalmente al ser latinoamericano. No se fantasea cuando se afirma que el aporte seminal de África a América Latina ya estaba implícito en la llegada de las tres carabelas al Mar del Caribe.

Si las cosas hubieran sido de otro modo

Lo que ese continente habría sido si los europeos no hubieran intentado su carrera hacia el oeste o hubieran sido rechazados con éxito por las naciones americanas precolombinas, sólo puede ser objeto de especulación académica. De igual manera podríamos preguntarnos cómo sería Europa de no haberse producido las grandes invasiones asiáticas o la ocupación árabe de España, o cuál habría sido la suerte de África sin la catástrofe del tráfico de esclavos. De lo que sí podemos estar seguros es de que, sin el llamado Descubrimiento y sin la llamada Conquista, no habría existido esta América Latina de la que ahora se nos pregunta cuándo fue que se «fregó»... si es que eso llegó a ocurrirle.

Engendrada y nacida sobre un lecho de sangre, lo que hoy es América Latina no habría sido posible sin aquella sangre. No es, pues, la conquista española y portuguesa la que pudo haber «fregado» a América Latina, a menos que nos acojamos a las tesis racistas que suponen que este continente habría corrido mejor suerte si el Descubrimiento y la Conquista hubieran estado a cargo de pueblos menos mediterráneos.

Mal de muchos...

La terminología vigente hasta hace poco todavía nos relegaba al área geopolítica menos afortunada de todas. Eramos parte del Tercer Mundo, una denominación conmisericordiosa que apenas servía para esconder, detrás del eufemismo, la condición de «mundo subdesarrollado». Existía, así, un Primer Mundo, el de los países que poseían la mayor riqueza y el mayor poder y se autodenominaban los más democráticos y más respetuosos de la dignidad humana. Existía un Segundo Mundo, el mundo socialista, el de los pueblos que, tras haber alcanzado una presunta liberación de la desigualdad, esperaban que el siglo XXI les trajera el premio de la hegemonía y la prosperidad definitivas.

Para América Latina, el Primer Mundo se presentaba como el del pasado, aquel del cual habían surgido muchos de nuestros males, aquel que nos había ofrecido e impuesto todas nuestras maldiciones. Para muchos esperanzados latinoamericanos, el Segundo Mundo era el del futuro, el que tan sólo requería pequeñas modificaciones para convertirse en nuestra opción más prometedora. Para América Latina, África y la mayor parte de Asia, se reservaba el limbo de la imitación, el que bien podría haber sido declarado sitio del no ser histórico.

Pues bien, de aquella bipolaridad dentro de la que el Norte nos había asignado un papel de subordinación, hoy sólo quedan cenizas. Se derrumbó el gigante comunista y con él un pilar fundamental de aquel sistema de confrontación y hegemonía que durante más de medio siglo nos matuvo casi fuera de la historia. La confundida América Latina descubrió, súbitamente, que aquel Segundo Mundo que tan persistentemente se empeñaba en señalarnos un nuevo camino hacia la prosperidad y la independencia, no era más que una ficción irreplicable y, peor aún, fracasada. Descubrió que los pueblos que, según se decía, habían adoptado la vía del socialismo, figuran entre los grandes «fregados» del siglo xx.

Mal de muchos, consuelo de tontos, dice el dicho popular. En este cierre de cuentas del milenio, pareciera que a los pueblos de Europa Oriental y de la Unión Soviética les ha ido mucho peor que a los de América Latina. Y si nos comparamos con la mayor parte de África y el cinturón meridional e insular de Asia, también aquellas regiones parecieran haber tenido una suerte peor que la nuestra.

Aunque sea consuelo de tontos, no está de más señalar que, entre los «fregados», América Latina no sería la más «fregada». Aparte de que seguramente el Primer Mundo esconde todavía desengaños similares a los que nos deparó el Segundo. Y no se trate de desear el mal ajeno, puesto que nuestra aspiración es contribuir a mejorar el mundo.

Lo que está claro es que, si resucitaran hoy, los observadores del mundo de principios de siglo se llevarían una sorpresa al encontrar que los constructores de la que parecía ser la alternativa política para los pueblos subdesarrollados, dieron un salto de setenta años en el vacío.

Si las circunstancias hubieran sido otras, América Latina podría haber intentado una revolución que la convirtiera en algo similar a lo que al final resultó ser la Unión Soviética: una potencia militar, satisfecha de la posesión de armas nucleares, pero igualmente subdesarrollada en los

planos político, social y económico. Por supuesto, tampoco es un consuelo saber que en los Estados Unidos y en otras sociedades del Primer Mundo hay grandes focos de pobreza que constituyen el precio inhumano de ser una superpotencia militar desarrollada. El armamentismo es otra manera de «fregarse» que nosotros hemos imitado sólo dentro de ciertos límites... y, a pesar de ello, nos ha resultado onerosa.

Las razones del optimismo

En América Latina, al finalizar el año de 1994, solamente en un país hay un gobierno dictatorial. La situación de los derechos humanos ha mejorado notablemente con respecto a los últimos años de la década anterior, y no hay en la región ningún conflicto internacional en ciernes. De 1986 —cuando la situación centroamericana era explosiva y las guerras civiles amenazaban con provocar una conflagración regional— a esta fecha, los avances de la pacificación y la democratización han sido extraordinarios. El carácter autónomo del proceso de negociación mediante el cual esto se logró, es una contundente prueba de madurez política, y una clara indicación de que América Latina tiene la capacidad de resolver autónomamente sus propios problemas.

Hay, pues, buenas razones para ver con optimismo el futuro de nuestro subcontinente. De su propia experiencia, y de la que aquellos países que intentaron la solución de sus grandes problemas por vías totalitarias, los pueblos latinoamericanos han aprendido que, si nos queda una oportunidad de lograr la paz y la prosperidad, ésta sólo puede hallarse en la democracia.

La instauración de la formalidad democrática en casi todas las repúblicas latinoamericanas no significa que se haya impuesto para siempre la paz y la justicia. Sin embargo, la actual situación revela que nuestros pueblos están firmemente dispuestos a desechar las opciones totalitarias que en el pasado nos arrebataron la libertad, a cambio de unas promesas de bienestar que nunca se cumplieron. Revela que los latinoamericanos nos hemos resuelto abandonar las impaciencias sectarias del pasado para acogernos a la posibilidad de alcanzar la justicia y la paz por la vías democráticas.

En este sentido, Costa Rica representa un prometedor ejemplo de los frutos que se pueden esperar de la práctica paciente de la democracia. No se puede afirmar, desde luego, que en sus cien años de demo-

cracia, o en los nueve lustros transcurridos desde que en mi país fue disuelto el ejército, hayamos logrado resolver todos los problemas sociales y eliminar todas las injusticias. Lo importante es que la mejor aproximación a la plena justicia social lograda hasta ahora en América Latina se ha alcanzado sin recurrir a la dictadura, la represión ni la guerra. Este debería ser argumento suficiente para asegurar que la democracia, con sus defectos y sus limitaciones, es el único sistema político aceptable en América Latina.

Nos situamos, pues, en el bando de quienes creemos que América Latina no está «fregada». La complejidad de la realidad latinoamericana nos irrita, pero no nos frustra. Compleja y peligrosa era la situación de Centroamérica antes del proceso de Esquipulas y, sin embargo, no hubo irritación ni frustración que obstaculizara los designios de paz de los presidentes centroamericanos.

Las razones de la prudencia

Ningún optimismo nos llevará a menospreciar los retos que tenemos por delante. La democracia hemisférica se enfrenta a problemas grandes y delicados. La insurgencia armada es permanente en países como Perú, Guatemala y Colombia. La paz apenas se estrena en El Salvador, y hay una situación todavía explosiva en Haití. Ahí donde la democracia ha levantado cabeza, las instituciones latinoamericanas no siempre garantizan una participación sostenida de los ciudadanos en la vida política. La crisis económica, cada día más exacerbada, amenaza con desatar nuevamente la violencia y propiciar la incursión de las instituciones militares en los asuntos civiles.

La plaga del militarismo

Para nuestra región, un reto fundamental es la amenaza permanente que representan las fuerzas armadas. En muchos de nuestros países, los militares fueron los que, durante largos períodos, definieron los límites de la autoridad civil. Pero sería simplista creer que las instituciones castrenses fueron siempre fuerzas autónomas que actuaban a su propio arbitrio. Detrás de ellas se han encontrado intereses, internos o externos, que las manipulan y las inducen a irrumpir en la política, a violentar el derecho y a ejercer la represión. Y, como ocurre con cualquier relación de poder en la que los ciudadanos no

son los árbitros definitivos, en algunos países latinoamericanos los militares lograron convertir en rehenes a sus aliados políticos. Las oligarquías, al igual que los funcionarios civiles, quedaron subordinadas a los ejércitos y éstos alcanzaron la autonomía necesaria para que sus integrantes fueran impunes frente a la justicia e, incluso, se convirtieron en un poder económico y empresarial independiente. Hoy, para desaliento de los sectores empresariales, varios ejércitos latinoamericanos son grandes propietarios de tierras, industrias y empresas de servicios.

Podríamos preguntarnos si este énfasis en la importancia de los institutos militares como obstáculo para la democracia no resulta anticuado en momentos en que, precisamente, tiene lugar el resurgimiento democrático en la mayoría de los países latinoamericanos. Además, en otras regiones del mundo se están produciendo cambios que apuntan en el mismo sentido, cambios cuya consecuencia natural debe ser una disminución de la importancia que hasta ahora han tenido las instituciones militares: el fin de la Guerra Fría, el desmantelamiento de los regímenes unipartidistas en Europa, Asia y África, la transformación del régimen racista de Sudáfrica, y la retirada de las tropas soviéticas de ocupación en Europa Central, entre otros.

Sin embargo, quien conozca la historia de América Latina sabe muy bien que las dictaduras militares son un fenómeno recurrente y, aún en los períodos de vigencia democrática, nunca ha sido tarea fácil mantener a las fuerzas armadas confinadas en los cuarteles o dedicadas a las funciones —justificadas o no— de seguridad. Después de todo, pervive el mito de que los ejércitos latinoamericanos actuales son los herederos históricos de la misión que cumplieron los ejércitos libertadores en las guerras de independencia. Sobre ese mito, que los sistemas educativos y la retórica nacionalista exaltan, se pretende legitimar un poder que los mismos próceres de la Independencia consideraron temporal.

Aún en el supuesto de que podamos desarrollar las fórmulas institucionales requeridas para mantener el control civil sobre las fuerzas armadas, y eso acabara con la intromisión de los militares en la política, quedaría otro problema: el impacto económico del mantenimiento de los cuerpos castrenses. Es aquí donde la experiencia costarricense resulta más válida. En el bienio de 1990 a 1991, en mi país, el gasto estatal dedicado conjuntamente a la educación y a la salud fue 20 veces mayor que el dedicado al sector llamado de seguridad, integrado por dos cuerpos policiales encargados de la seguridad ciudadana. Para el conjunto de América Latina, esa proporción fue de 2 a 1. Esto explica por

qué los índices de desarrollo humano de Costa Rica son los más satisfactorios de la región. Esto explica por qué ha sido posible, entre otras cosas, crear y mantener en funcionamiento, en mi país, un sistema educativo y un sistema nacional de salud considerados ejemplares, así como un suministro de agua potable y de electricidad que cubre prácticamente a toda la población.

Ciertamente, en la actualidad no es viable la total eliminación del gasto militar en toda América Latina, pero sí sería posible reducirlo de manera sustancial. Tampoco se encuentra ahí la solución de todos los problemas económicos que padecemos. Sin embargo, un ahorro considerable en ese ámbito, unido al efecto positivo que tendría la disminución de la importancia política del sector militar, introduciría una mejora considerable en las condiciones de vida de todos nuestros pueblos y mayor grado de estabilidad democrática.

La búsqueda de una nueva opción política

A tono con las tendencias más universales, América Latina se orienta hoy hacia un sistema que exalta la libertad empresarial y eleva la eficiencia económica al rango de virtud suprema. Se invoca el principio, moralmente aceptable, de que sólo una sociedad próspera puede satisfacer con justicia las necesidades materiales de los individuos. Pero se tiende a suponer que la abundancia, por sí sola, asegura la justicia, y que el enriquecimiento individual es, por sí mismo, un valor al que no se le deben poner obstáculos. No se plantea la justa distribución de la riqueza como una meta obligada.

La ventaja colectiva del enriquecimiento, traducida en el logro de sociedades más solidarias y más justas, debe figurar como objetivo de las nuevas opciones políticas en todo el mundo. Pero también es moralmente inaceptable que la prosperidad de algunas sociedades sea producto de la miseria y el sufrimiento de los integrantes de otras. El suministro de armas a los países en vías de desarrollo, fuente de riqueza para algunas sociedades, ha condenado a la miseria a millones, muchos de ellos en América Latina. En Centroamérica pudimos ver muy de cerca el injusto resultado de una actividad económica que genera, en los países pobres, miseria, guerra y opresión. El enriquecimiento, mediante la venta de armas a los países en vías de desarrollo, es intrínsecamente inmoral.

Un mundo simbiótico

El crecimiento demográfico y los avances en las comunicaciones, en las relaciones comerciales y en el intercambio cultural, han creado una simbiosis planetaria sin precedentes. Ninguna nación puede vivir tranquila tan sólo con su propia estabilidad interna. La paz y la estabilidad de Europa y Norteamérica no podrían estar seguras mientras haya, en otras regiones del mundo, focos de conmoción social o política. Los focos de inestabilidad y de conflicto se dan, en y entre los países en vías de desarrollo, principalmente como producto de la injusticia social y de la pobreza. Para que éstas desaparezcan es necesario que los países menos privilegiados tengan la oportunidad de alcanzar cierto grado de desarrollo sostenido.

Algunos sectores de las naciones industrializadas sostienen que el desarme traería desempleo y miseria para muchos ciudadanos de sus países, y que no es justo condenar a la desocupación a miles y miles de trabajadores de la industria bélica. Por otra parte, la mayoría de los países latinoamericanos, en la búsqueda de una inserción más eficiente en la nueva economía mundial, se han sometido a procesos de ajuste de elevadísimo costo social. Eso ha sido el oneroso aporte que nuestros pueblos han dado al ordenamiento económico internacional. Momentáneamente, eso ha significado aumento de la desocupación y un empobrecimiento generalizado. La transformación de la industria bélica de los países ricos en actividades económicas propias de un mundo en paz, traerá ciertamente efectos negativos que deben interpretarse como una justa contrapartida de nuestro sacrificio.

La desmilitarización: un imperativo

La desmilitarización de América Latina es una condición necesaria para el fortalecimiento de las frágiles instituciones políticas en las que se basa su nueva democracia. Es necesaria también para facilitar su desarrollo económico y social. Esto se aplica a los países en vías de desarrollo de otras regiones. Pero ¿es posible esperar que la desmilitarización cobre impulso con base en la decisión voluntaria de cada uno de los países?

En nuestro Continente, sólo dos pequeños estados, Costa Rica y Panamá, han asumido las ventajas y los riesgos del desarme voluntario. Esto no es suficiente ante la urgencia de avanzar en el proceso de desmilitarización. El desarme y la reorientación de los recursos hacia fines pacíficos deben ser un empeño colectivo de la comunidad internacional.

Los países latinoamericanos deben apoyar las iniciativas dirigidas a lograr que las Naciones Unidas y los organismos supranacionales de carácter regional asuman un papel activo en el control del tráfico de armamentos en todo el mundo. Como ciudadano de un país sin armas, he venido invitando a quienes puedan oírme a unirnos en la lucha por el establecimiento de una convención internacional destinada a ponerle freno al negocio de las armas, de tal modo que todos los gobiernos queden obligados a declarar con exactitud las cantidades y los precios de las armas exportadas e importadas por cada país, y a suprimir los subsidios a la producción bélica.

Estarán ustedes de acuerdo conmigo en que no basta con el Registro de las transferencias de armas convencionales de las Naciones Unidas, al cual los países productores comunican, de manera voluntaria, los tipos y las cantidades de armas que exportan, pero no sus costos. ¿Por qué todo ciudadano recibe libremente información sobre los precios del oro, la plata, el café o el azúcar, y no puede conocer el precio de un tanque, un helicóptero artillado o un avión militar? ¿Acaso no es una doble moral predicar la transparencia en los asuntos públicos mientras se permite el secreto en este comercio de la muerte?

Otro instrumento aceptable, dentro del propósito de avanzar en el desarme, es la vinculación de la ayuda económica para el desarrollo al nivel de gasto militar de los Estados receptores. La disponibilidad de recursos para esa ayuda es limitada y las naciones que la suministran tienen el deber de prestarla sin otras condiciones que las que se refieren a su uso con fines pacíficos y de sentido social. Es razonable, entonces, que existan mecanismos para evitar que la ayuda para el desarrollo permita a los gobiernos de los países pobres desplazar recursos de los sectores sociales al sector militar.

Otra visión de la cooperación internacional

En nuestro tiempo es indiscutible el principio de justicia que se cumple con la cooperación. Así como, hasta hace poco tiempo, las relaciones Este-Oeste se caracterizaron por la tensión y el enfrentamiento ideológico, las relaciones Sur-Norte continúan caracterizándose por la injusticia, la indiferencia y el desequilibrio. Esta es justificación suficiente para la demanda de que se dedique una parte de los recursos que liberaría el desarme a atender las necesidades de cooperación con los países menos desarrollados.

Con la firme creencia de que es posible llevar a cabo en el ámbito mundial lo que hemos hecho en Costa Rica y Panamá gracias a la desmilitarización, he venido sugiriendo que se cree dentro del sistema de la ONU un Fondo Global para la Desmilitarización. Entre 1987 y 1994, el gasto militar del mundo se redujo a un ritmo no inferior al tres por ciento anual, lo que significa un dividendo de paz acumulado estimado en 935.000 millones de dólares, suma que debería haber contribuido sustancialmente al logro de la paz global y la seguridad humana. He sugerido que todas las naciones podrían comprometerse a aportar al fondo propuesto una pequeña parte de sus reducciones anuales del gasto militar. De este modo, se dispondría de una porción de los dividendos de la paz para dedicarla al logro de la seguridad humana, mediante el estímulo de los procesos de desmilitarización, desmovilización y reconversión de las fuerzas armadas, y a la ampliación de las metas de democratización y de desarrollo de los países menos desarrollados.

Una formulación correcta del desarrollo

A partir de ahora, no son aceptables aquellas metas de desarrollo que no se hayan definido con base en el grado de mejoramiento humano que ellas habrán de generar. Los términos materiales del desarrollo, si bien siguen siendo importantes, no constituyen su dimensión fundamental. En su definición ideal, los índices de desarrollo deben medir, con la mayor precisión posible, el grado de felicidad que una sociedad brinda a cada uno de los seres humanos que la componen.

Es responsabilidad de la dirigencia latinoamericana hacer que nuestros pueblos aprovechen la actual coyuntura de consenso democrático para definir correctamente el tipo de desarrollo que debemos propiciar. Nunca como ahora, se había visto con tanta claridad el hecho de que el concepto de desarrollo debe incluir un componente de orden moral, al que deben condicionarse todos los demás.

El fracaso de la formulación marxista del desarrollo ha despertado, en muchos círculos de poder, pretensiones de simplificación sumamente peligrosas. Se quiere interpretar la llamada muerte del comunismo como el triunfo definitivo de las tesis que depositan todos los atributos de libertad y de justicia en la eficiencia económica. Dentro de esta interpretación terminal de la historia, el concepto de desarrollo se reduce mecánicamente al logro de una prosperidad colectiva carente de significado humano. Paradójicamente, se trata de consagrar, en nombre de la libertad de mercado, la deshumanización que justamente se le atri-

buyó a la monstruosa colectivización estaliniana. Se pasa, así, por alto, el hecho de que la felicidad humana, compuesta por lo menos de libertad y de bienestar material, es amenazada tanto por la opresión y la ineficacia de un sistema como por el despilfarro y la insensibilidad del otro. En ambos extremos, el desarrollo humano es postergado frente a valores en última instancia destructivos.

En el caso de América Latina, indudablemente bajo influencias externas pero también bajo la responsabilidad de nuestros dirigentes, se ha abierto una pugna —pugna y no debate— en torno a la importancia y el tamaño que debe tener el sector público, y en torno a la preeminencia que debe adjudicársele al sector privado en la economía. Se argumenta que el gigantismo estatal ha generado el despilfarro, que las empresas públicas son ineficientes, que el sector público emprende demasiados proyectos cuyo único fin es el prestigio político de partidos o de personas, que la excesiva intervención del Estado en la economía provoca la huida de capitales y la corrupción en gran escala.

Pero al mismo tiempo se ignoran el despilfarro y el deterioro ambiental provocado por el consumismo, el insuficiente escrutinio público sobre la eficiencia de las grandes empresas privadas, la sujeción del bienestar colectivo a los intereses de los conglomerados financieros poderosos, y la ya no tan oculta corrupción del sector privado.

Cada pueblo, su propia vía

Cada pueblo latinoamericano debe construir su propia institucionalidad democrática, con autonomía y de acuerdo con su experiencia histórica específica. No obstante, en este mundo simbiótico en el que vivimos, los problemas más importantes han adquirido una globalidad cuya consecuencia lógica es la integración de los pueblos según sus semejanzas culturales y sus comunidades de intereses. Existen una unidad cultural y una comunidad de intereses latinoamericanos, que nos llaman a la integración. Al mismo tiempo, por razones geográficas e históricas, tenemos planteada una opción integradora más amplia, de carácter continental, que debe ser sopesada y, si es del caso, acogida. Ha entrado en vigencia el Tratado de Libre Comercio de Norteamérica, con la participación de México, un importantísimo miembro de la comunidad latinoamericana. Es naturalmente previsible la incorporación, en el futuro próximo, de otros países de América Latina, si no de todos. Ante esta perspectiva, se hace más evidente la necesidad de que los pueblos latinoamericanos enfrenten coordinadamente sus problemas comunes.

No estamos derrotados

Amigas y amigos:

Al inicio, ésta pudo parecerles una irónica disertación literaria sobre un nuevo costarriqueñismo elevado a la consideración de la Real Academia de la Lengua. Espero haber contribuido a que cada uno de ustedes determine si a pesar de lo que América Latina puede parece «fregada», aún le queda la oportunidad de recuperar su tiempo perdido.

Deseo concluir con un comentario sobre lo que aún pervive, en el idioma y en la cultura, de aquel Imperio Español que efectivamente «se fregó» a principios del siglo XIX. Es posible que sorprenda a muchos saber que la entonces colonia de Costa Rica juró la Constitución Española de Cádiz en 1820, tan sólo quince meses antes de alcanzar, incruentamente, la independencia.

Esto no sería más que una anécdota trivial si no fuera porque aquella Constitución sirvió de base al funcionamiento de nuestro Estado costarricense durante varios años, y porque el aliento liberal de las Cortes de Cádiz se ha mantenido en muchas de las Constituciones latinoamericanas a lo largo de casi dos siglos. Cabe preguntarse si, así como existe una moderna democracia española basada en la diversidad cultural y política, habría sido posible vivir una democracia hispanoamericana como la que en buena medida prefiguraba la Constitución de Cádiz. Después de todo, esta especulación es explicable en un costarricense, ya que el diputado de Costa Rica ante aquellas Cortes, el presbítero Florencio del Castillo, dio los más importantes aportes a la configuración constitucional de los derechos de los indígenas, de los esclavos manumitidos y de los descendientes de esclavos. Además de que los definía como españoles a parte entera, la Constitución Española de 1812 les reconocía derechos que todavía, avanzado el siglo XX, en algunas de nuestras repúblicas los indígenas y los descendientes de los esclavos no pueden disfrutar.

Podemos concluir, entonces, en que el tronco ibérico de nuestra cultura es determinante a la hora de averiguar quiénes fueron los «fregados» de nuestra historia. Lo que importa, ahora, es saber qué debemos hacer para que no los haya más en España ni en Latinoamérica.

La Paz en El Salvador: Itinerario crítico de una transición

por **D. David Escobar Galindo**

*Conferencia pronunciada
el 29 de noviembre de 1994*

Forum Deusto

La Paz en El Salvador: Itinerario crítico de una transición

por D. David Escobar Galindo*

Cuando la violencia en El Salvador se volvió carne de noticia, la idea que se tenía sobre el pequeño país centroamericano de apenas un poco más de veinte mil kilómetros cuadrados y sin costa al Atlántico, era la de una rudimentaria sociedad casi feudal, dominada por los militares y por catorce familias económicamente muy poderosas. El simplismo caricaturesco al que siempre hay que echar mano cuando no hay conceptos suficientemente manejados al momento en que urge informar sobre algo, tenía trazos demasiado gruesos, pero encerraba algunas verdades. La caricatura, al fin de cuentas, sólo es una deformación de la realidad existente, y la realidad de El Salvador a lo largo de su vida republicana, es decir, desde 1821, fue la de un conglomerado nacional en permanente formación inconclusa, en el que la única constante acumulativa fue el autoritarismo.

El autoritarismo salvadoreño tiene perfiles propios. A diferencia de Guatemala, el vecino más influyente, por historia y por contigüidad, ese autoritarismo no tuvo en El Salvador configuración caudillista. Durante todo el siglo XIX, en El Salvador se escenificó la lucha entre libera-

* Don David Escobar Galindo nació en Santa Ana en 1943. Se doctoró en Jurisprudencia y Ciencias Sociales en la Universidad Autónoma de El Salvador. Desde 1969 es miembro de la Academia Salvadoreña de la Lengua (de la cual es Vicedirector actualmente). En 1972 y 73 fue Director de Organismos Internacionales del Ministerio de Relaciones Exteriores. De 1978 a 1989 fue Director de la Revista *Cultura* del Ministerio de Educación. Durante años participó en las negociaciones de Paz entre El Salvador y Honduras, siendo miembro de la Comisión que llegó al Acuerdo definitivo de Paz en 1992. De 1978 a 1992 fue Vicerrector de la Universidad Dr. José Matías Delgado, y desde esta fecha es Rector de la misma. Es además representante de El Salvador ante la Unesco. Escobar ha publicado más de cuarenta y dos libros en las ramas de: poesía, cuento, novela, teatro y fábula, como son: *Extraño mundo del Amanecer*, *Cornamusa*, *Libro de Lillian*, etc.

les y conservadores, típica de todos los países que entonces formaban la llamada «América española», que hoy por supuesto nadie llama así. El caso salvadoreño fue, sin embargo, muy peculiar. En primer lugar, nunca hubo partidos organizados. A la hora de las elecciones, tanto los liberales como los conservadores formaban grupos alrededor de las personalidades en contienda. Pese a esa práctica inorgánica —muy propia del talante salvadoreño frente a la política— el liberalismo se fue imponiendo. Y, por curioso contraste con el futuro, los más grandes gobernantes liberales y civilistas de aquella época fueron dos generales: Gerardo Barrios y Francisco Menéndez.

Al ser la población salvadoreña refractaria al caudillismo, lo que prevaleció siempre fue la concentración del poder en pequeñas y cerradas cúpulas. Al entrar el siglo xx, el poder real descansaba en un trípo-de: la cúpula económica, la cúpula eclesiástica y la cúpula militar. Cualquier expresión disidente frente a ese esquema sufría un tratamiento inmediato: la marginación. Cuando las formas de disidencia, a fines de los años veinte, fueron impregnándose de radicalismo ideológico, al impulso del recién instalado socialismo soviético, el esquema entró, inevitablemente, en un período de alarma y de trastorno. Eso quedó en dramática evidencia a principios del año 1932, cuando el malestar campesino represado durante más de un siglo, fue hábilmente capitalizado por los comunistas emergentes, produciéndose el levantamiento armado en una zona muy focalizada del occidente del país. La rebelión tuvo mucho más ímpetu que organización, y, en unas cuantas semanas, las fuerzas del gobierno «limpiaron» la zona, con un enorme costo de sangre. Ese fue el momento en que hubo una radical inflexión en el esquema establecido de poder: la cúpula militar, que hasta entonces sólo sostenía a los gobiernos conducidos por el grupo económico, tomó la responsabilidad directa de gobernar, inaugurando un período de creciente autoritarismo en su fase militar, que hace crisis terminal como modelo hasta el 15 de octubre de 1979, en las vísperas de la confrontación bélica abierta.

A veces se dice que la salvadoreña fue una sociedad militarizada. Los datos concretos no dan pie para llegar a esa conclusión globalizadora. Pero sí es sostenible que, entre 1932 y 1979, el autoritarismo militar fue llenando cada vez más los espacios políticos, incorporando a la Fuerza Armada de El Salvador a un protagonismo incuestionable en la conducción de los asuntos públicos. El modelo autoritario siempre desemboca, en todas partes, en una expresión militarista, en la que ya, desde luego, no sólo participan los militares de profesión. Cuando ese tipo de fenómeno se da, la vida política en todas sus dimensiones, asi-

mila principios y prácticas propios de la función militar. Eso pasó en El Salvador, de manera progresiva e imperceptible para muchos.

El militarismo político salvadoreño nunca fue personalista, sino de cúpula. El decurso de las generaciones militares iba relevando la cúpula, y, cada cinco o seis años —según fuera la duración del período presidencial establecido por la Constitución—, la cúpula de turno escogía al gobernante de turno. Había siempre un partido político ad-hoc, para cumplir el rito electoral. Todo lo demás era absolutamente previsible. Del «partido oficial» surgían las mayorías en la Asamblea Legislativa. Y la Asamblea así configurada elegía a la Corte Suprema de Justicia. En el curso del tiempo, el sistema establecido hizo algunas concesiones al juego democrático de los partidos, como fue la representación proporcional en el seno de la Asamblea Legislativa; pero toda apertura siempre tuvo un límite: el aseguramiento de que el poder real nunca perdería la mayoría en los organismos del poder formal; y siempre tuvo un veto: el que impedía que los civiles llegaran a la Presidencia de la República.

En tales condiciones, cualquier debate democrático era señalado de fragante sospecha sediciosa, y cualquier aspiración de acceso al poder por la vía electoral era considerada un desafío abierto a la institucionalidad. Como ocurre en todo esquema autoritario, el poder real que actúa en la sombra aunque todo el mundo conoce sus movimientos, se va volviendo patéticamente inseguro, y eso le hace cerrar los espacios que él mismo ha ido abriendo en las estructuras del poder formal. Hasta que genera al interior su propia descomposición. En El Salvador, como dicho poder no estaba personalizado, no había que seguir el curso vital de nadie para calibrar la agonía del modelo. Fenómenos más complejos tuvieron que incidir. Uno, interno, fue el surgimiento de una disidencia armada, fervorosamente radical, con deseo manifiesto de convertirse en la vanguardia revolucionaria más pura de cuantas luchaban por entonces —años setenta— a lo largo de América Latina, y especialmente en Centro América. Otro, regional, el triunfo fulminante de la revolución sandinista en Nicaragua, que puso a El Salvador en el primer lugar de los que esperaban turno para dar el gran salto histórico. Otro más, internacional, el recrudecimiento de la «guerra fría», que parecía más saludable que nunca, con la paralela cruzada del Presidente Carter en pro de los Derechos Humanos, quizás con el ánimo de ganar caballos en la carrera de cuadrigas por el predominio mundial, que por aquellos días no tan lejanos —¡vaya ironías de la historia!— parecía serle favorable a la Unión Soviética.

Los militares salvadoreños, asustados por la victoria sandinista y sobre todo por la desaparición de la Guardia Nacional en Nicaragua, lanzaron un movimiento militar de talante reivindicador casi socialista, y dieron un golpe de Estado para implantarlo. Sin embargo, la aceleración histórica era ya vertiginosa, y la izquierda en armas no estaba dispuesta a mediatizar lo que consideraba su triunfo inminente y total. El 15 de octubre de 1979, el modelo autoritario afianzado en 1932, entra en colapso. Los militares tenían ya problemas para configurar su cúpula, y, por primera vez desde que estaban en la cúspide del poder, dos corrientes —una más institucional, otra más aperturista— se disputaron el liderazgo, y no pudieron resolver en la intimidad sus diferencias. Por otra parte, en un nuevo giro espectacular, los militares se distanciaron de la cúpula económica, e hicieron un pacto de gobierno con el Partido Demócrata Cristiano, que había sido visto por ellos mismos como una especie de enemigo durante los decenios anteriores, porque dicho partido estaba en beligerante oposición electoral en los tiempos en que cualquier desafío al poder establecido —real o formal— era poco menos que delito.

La guerra hizo erupción a mediados de 1980. En octubre de aquel año, Fidel Castro impulsó personalmente la unificación de los grupos insurgentes, incluido el Partido Comunista, que con grandes reticencias había optado al fin por la lucha armada. Entonces nació el FMLN. El escenario estaba creado. Los actores se hallaban listos para entrar en escena. El drama de la guerra había comenzado. No es peregrino pensar que, en cada uno de los dos bandos, había una importante corriente que consideraba inminente el desenlace militar de la guerra. El desarrollo de los acontecimientos demostró que los salvadoreños estábamos destinados a un ejercicio bélico prolongado y atroz. La ferocidad de ciertos momentos es indescriptible. La magnitud de ciertos crímenes es estremecedora. La guerra estaría entre nosotros a lo largo de doce años, abriendo inmisericordemente las arterias del país, pero dejando al mismo tiempo una secuela de trascendentales lecciones.

¿Por qué no se desenlazó pronto la guerra salvadoreña, cuando la Fuerza Armada contó con un masivo apoyo de los Estados Unidos, y cuando el FMLN enarbolaba la bandera de la reivindicación radical en un país agobiado por la violencia institucional? Mi personal opinión es que ninguno de los dos protagonistas militares de la guerra se alzó la victoria porque la masa del pueblo no se inclinó decisivamente a favor de ninguno. En un fenómeno de intuición histórica que no es extraño en el devenir de los pueblos más sufrientes, el pueblo salvadoreño tomó la genérica decisión de utilizar su sufrimiento y su sacrificio no

como trofeo de nadie, sino como inversión de futuro para sí mismo. Esto puede parecer una imagen literaria, pero no lo es. Y opino por qué. En 1979, el modelo autoritario se desfondó. La insurgencia, en aquel momento, esgrimía un modelo de corte marxista-leninista, con intención totalitaria confesa. La institucionalidad, que mal que bien seguía existiendo en ese pacto apresurado y angustioso entre los militares y la Democracia Cristiana, no tenía modelo. Optó, en vilo de la necesidad, por iniciar una propuesta democratizadora, con todas las limitaciones que eso tiene en tiempo de desorden bélico. No diré —porque no es cierto— que el pueblo salvadoreño acompañó esa propuesta con adhesión sectorial; lo que diré —porque lo creo cierto— es que los salvadoreños vimos ahí la apertura de un camino, independientemente de quienes y de por qué lo hubiesen abierto.

En 1980, la gran pugna histórica se trabó entre dos opciones: la totalitaria y la democrática. En aquellos años, el FMLN, impulsado también por la realidad, fue haciendo su propia y traumática evolución, dejando en el camino jirones de intransigencia y de unilateralismo. El gobierno —para llamar de algún modo a los actores del lado contrario— tuvo a su vez que hacer la evolución necesaria, ya que su proyecto democrático original era en la base un programa contrainsurgente. La segunda mitad de los años ochenta vieron el largo proceso de declinación de la guerra, no porque la violencia decreciera, sino porque era cada vez más evidente que esa violencia, aunque se incrementara y sofisticara, no conduciría a ningún tipo de victoria militar. La guerra, pues, fracasó como tal mucho tiempo antes de que sonaran sus últimas balas. A fines de la década de los ochenta —que para algunos es la «década perdida», pero que para los salvadoreños es la «década aleccionadora»—, los módulos del escenario histórico se estaban reubicando de manera cercana a lo ideal para hacer posible el buen desenlace de esta guerra que, para unos, sería «la última gran batalla contra el comunismo» y para otros era la puerta hacia el paraíso de la liberación definitiva.

1989 será visto, en el futuro, como el año de la inflexión. El Salvador es un ejemplo impecable de ello. El cambio de gobierno llevó a la Presidencia al partido ARENA —cuyas credenciales eran hasta entonces tan discutidas—, en la persona de Alfredo Cristiani, un empresario casi sin militancia política, que no se caracterizaba por sus elaboraciones ideológicas. Era un pragmático, con una voluntad democratizadora que sorprendería a sus más recelosos adversarios, ya no se diga a la gente que desde siempre lo había rodeado. La derecha estaba en el poder democráticamente, y eso abría, en el bando gubernamental, las posibili-

dades de una negociación política del fin de la guerra. En su discurso de toma de posesión, Cristiani hizo justamente lo que su principal consejero le indicó a Su Majestad el Rey de España en el momento crucial de su ascensión al trono; trazar en su primer discurso las líneas maestras de la misión histórica. En aquel discurso, Cristiani ofreció al FMLN un diálogo sin precondiciones, continuo, reservado y sustantivo, que llevara a tocar todos los puntos claves de la agenda democratizadora del país. El FMLN, luego de la reticencia inicial, producto del recelo natural ante una propuesta audaz que podía también interpretarse como un simple recurso táctico de imagen, aceptó el desafío, y fue así como, en septiembre de 1989, dio comienzo el proceso de dos años, cuatro meses y tres días que culminaría en la espléndida ceremonia de Chapultepec, a la vista del mundo. De los entresijos de la clandestinidad, El Salvador inició su camino hacia la salida del túnel de su propia historia torturada.

Puestos en ese punto, no es posible dejar de mencionar que el desenlace de la guerra salvadoreña se dio en varios niveles. En lo nacional, es claro que el desgaste de la guerra y la ubicación adecuada de los legítimos contradictores creó las condiciones. En lo regional, la evolución favorable del proceso llamado «Esquipulas II», a partir del inteligente Plan Arias, estaba dando frutos, y el mejor de ellos era la aceptación por parte de los sandinistas de someterse a unas elecciones generales efectivamente abiertas. En lo internacional, el otoño europeo de 1989 derribó los decorados de la «guerra fría», que parecían de cemento armado y eran de simple cartón-piedra. A partir de ese dato, la negociación salvadoreña era ya capaz de ser eso: salvadoreña, en esencia, sin tener que supeditarse a una negociación aleatoria al más alto nivel mundial, entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Una curiosidad cronológica sella estas simetrías: el 31 de diciembre de 1991 concluyó, a la medianoche pasada, en el piso 38 de sede de las Naciones Unidas, en Nueva York, la negociación sustantiva de la guerra en El Salvador. Ese mismo día, al otro lado del mundo, desaparecía formalmente la Unión Soviética.

¿Pero qué características especiales tiene la paz salvadoreña, como para hacerla ejemplar en muchos sentidos, según lo reconocen tanto las Naciones Unidas como la comunidad internacional? En primer lugar, no es una paz que restituya un estado anterior. Eso lo reconoció honradamente Cristiani en su discurso de Chapultepec. En realidad, se trata de una fórmula programática de paz que no busca de ninguna manera limitarse a un juicio de valor sobre la guerra, sino que aspira, con medidas muy concretas de transformación institucional, a inaugurar un nue-

vo escenario verdaderamente democrático en El Salvador. Como en un audaz saldo de cuentas con el pasado, el Acuerdo de Paz se dedica sólo al futuro, como una forma de asegurar la sana configuración del presente. Es un Acuerdo-plataforma, no un Acuerdo-armisticio. En ese Acuerdo no hay ningún tipo de premio para los protagonistas militares de la guerra. Para unos y otros lo que hay es una agenda de sacrificios. Y esto tiene un profundo sentido moral: había que evitar cualquier signo de triunfalismo armado; el gran ganador es el sufridor de siempre: el pueblo salvadoreño, cuya resistencia silenciosa y paciente impidió que las armas ganaran la guerra histórica.

Un fenómeno nuevo estaba naciendo de las cenizas frescas del conflicto: la posibilidad de evolución, encarnada en una emergente transición. Se rompía así, por primera vez en la historia contemporánea de El Salvador, la vieja fatalidad de la doble tenaza: inmovilismo o revolución. La evolución, bajo la forma de democracia, surgía como el nuevo método concertado, y por consiguiente compartido. Los que tuvimos el privilegio de suscribir el Acuerdo de Paz en Chapultepec estábamos por eso encendidos de una fascinante responsabilidad: dar fe de que la evolución tomaba la iniciativa en la historia salvadoreña, más allá de los caducos prejuicios, de los tabúes agonizantes, de las intolerancias malsanas. Era el primer acto público de la verdad.

Las cosas, por cierto, no serían nada fáciles, a partir de aquel momento de júbilo. No hay ninguna transición apacible. Los garfios del poder no se desprenden con gesto amable. Más aún cuando la transición se da en cortes de profundidad. La transición salvadoreña puede identificarse en varios planos: en el más superficial, es un tránsito de la guerra a la paz; en el intermedio, es una sustitución progresiva del autoritarismo por la democracia; y en el más profundo, es la evolución de una sociedad dividida hacia una sociedad integrada. En la medida en que el fenómeno integral se profundiza, la tarea que queda por hacer es más grande y compleja. El tránsito de la guerra a la paz está concluido. El paso del autoritarismo a la democracia es una empresa de buen pronóstico. El cambio social integrador requiere de remodelaciones institucionales mayores y de ejercicios educativos muy intensos y eficaces. Y es en esta evolución más profunda en la que se medirá a la larga, el éxito de la paz salvadoreña.

Hablar de un cambio profundo en la realidad social implica, por otra parte, enfocar áreas diversas de la multifacética actividad humana. Hay que ir haciendo, inevitablemente, conversión de modelos. En el plano político, los salvadoreños estamos pasando de un modelo exclu-

yente a un modelo pluralista. En el plano específicamente social, de un modelo marginador a otro participativo. En el plano económico, de un modelo concentrador a un modelo distributivo. En el plano jurídico, de un Estado de arbitrariedad a un Estado de derecho. En el plano cultural, de un modelo de rechazo a un modelo de pertenencia.

La sola mención de todos estos términos da una idea del trabajo que nos aguarda a los salvadoreños en los próximos decenios. Llegar a cotas satisfactorias en todos esos niveles y planos requerirá una acumulación democrática gigantesca. En realidad, apenas hemos iniciado el proceso de construcción de la paz. Un proceso cuyo desarrollo se pierde en el horizonte. Un proceso que sólo afianzará de manera sostenible si los salvadoreños logramos hacer carne de vida esa última palabra que se menciona en el párrafo anterior: pertenencia. Ahí está la piedra angular de nuestro cometido histórico. En el pasado, el largo y pertinaz ejercicio de autoritarismo excluyente nos hizo *despertencernos*. Eso tiene una explicación clarísima: el autoritarismo, en cualquiera de sus formas, es al final de cuentas el esfuerzo por sustituir al todo por una de sus partes. En un cierto momento del delirio ideológico, esas partes eran «la burguesía» y «el proletariado», la «derecha» y la «izquierda», la «patria» y la «antipatria». Las caricaturas podrían ser interminables. El fin de la guerra en El Salvador no borró ninguna diferencia real, pero sí puso el reflector sobre los fantasmas. Alumbró las caras de los salvadoreños para recordarles su humanidad compartida.

Ese ha sido el principio de una nueva historia, sin desfiles de triunfo ni trompetas augurales. Con un simple y llano señalamiento de realidad: el cotidiano e intransferible destino común. Un destino que, por larguísimo tiempo, estuvo manipulado por los morbosos intereses del poder sectorial. Para que los salvadoreños recuperáramos nuestra capacidad de sentir que el país nos pertenece y que nosotros le pertenecemos al país, había que bajar de sus pedestales artificiosos a los ídolos de la confrontación. El dios de las armas tenía que ser despojado de sus atributos ilegítimos. El Acuerdo de Paz fue la sentencia de degradación del dios de la violencia.

Toda transición tiene en su base un esfuerzo de reconciliación. No sólo entre los enemigos caracterizados, sino en todas las esferas de la realidad nacional. Hasta que la historia se reconcilia consigo misma, y se acepta en sus limitaciones y potencialidades. Ese proceso ya se ha iniciado en El Salvador, lo cual convierte al pequeño país de las furias en una empresa de nación abierta a la razonable esperanza. En ninguna de las otras naciones centroamericanas se da una situación semejante. Aparte

de las distintas Centro Américas creadas por el devenir, para todos los usos tenemos ahora tres nuevas Centro Américas: Costa Rica, siempre excepcional, pero con una excepcionalidad que está dejando de ser novedad; El Salvador y Nicaragua, con sus recientes experiencias trágicas, que las han puesto en vías de modernización, El Salvador en forma mucho más clara y consistente; y Guatemala y Honduras, donde los esquemas del poder tradicional siguen intactos...

Con esos puntos suspensivos estamos entrando en los perifoneos del siglo *xxi*. Al menos para El Salvador, este fin de siglo ha sido casi milagroso, con las reservas que este término exige al tratarse de realidades históricas. Para nosotros, como para todo el mundo, soltar las férreas amarras del pasado no es garantía de nada, sólo de que el futuro tiene una oportunidad. Pero el futuro nunca está consumado. Es la tarea cotidiana, el «presente perpetuo», como dice Octavio Paz en invención poética insuperable. El milagro salvadoreño es acaso sólo una manifestación instantánea de naturaleza. Nuestro salvajismo —quizás Dios nos oiga— era la cara furibunda de la frustración. Nuestra racionalidad bien puede ser el reconocimiento del alma soterrada. ¿Por quién dice —salvo nosotros, tozudamente, en el pasado no tan pasado— que nuestra fatalidad sea la barbarie?

Las lecciones de la guerra se concentran en la inutilidad final de todo tipo de violencia para resolver los problemas de una sociedad. Pero esto no quiere decir que desconozcamos el papel histórico de la guerra como detonante terminal de una larga cadena de errores, carencias y vacíos acumulados. Toda acumulación histórica tiene un punto de plenitud, en el que se expresan todas sus potencialidades. De una prolongada acumulación negativa —y en primer lugar negadora de la democracia— brotó la guerra. Aquí sí que se trató de un verdadero estallido histórico. Desde el 16 de enero de 1992, fecha de la cancelación formal de la guerra, se ha iniciado otra acumulación en El Salvador: la acumulación democrática de la paz. No es que se tenga la paz lograda; es simplemente que se ha iniciado la acumulación positiva que podrá llevarnos a ella.

No se me escapa que uso con frecuencia la apelación a la historia. Eso no es inadvertencia. Al entender que todo es un proceso —tanto la guerra como la paz, tanto el caos como la estabilidad— los salvadoreños estamos descubriendo el significado de los términos transitivos, el de transición en primer lugar. La transición es desde luego historia en movimiento. Porque, al final de cuentas, como decía el viejo poeta cubano Tallet, quizás todos somos hombres de transición. Quizás todos somos pueblos en transición.

Identidades, retos y posibilidades de América Latina

por **D. Luis Ugalde, S.J.**

*Conferencia pronunciada
el 20 de diciembre de 1994*

Forum Deusto

Identidades, retos y posibilidades de América Latina

por D. Luis Ugalde, S.J.*

Introducción: El sentido del tema

A nuestro modo de ver el sentido de este tema está en la actual distancia en América Latina entre las necesidades sentidas de nuestras sociedades en cuanto a desarrollo económico, social y político y la efectiva producción de los bienes y servicios que satisfacen esas necesidades. Hay una enorme brecha entre estos dos extremos. En medio está sometido a juicio nuestra capacidad de producir o no las realidades que pueden cerrar esa brecha y acortar esa distancia: ¿Dónde están las trabas y dónde las posibilidades positivas para producir lo que se necesita tanto en valores ciudadanos para un desarrollo político en democracia y justicia social como en bienes y servicios necesarios?

De manera explícita o implícita, están presentes tres posiciones fundamentales sobre este problema latinoamericano:

— *Visión estático-determinista*. Según ella el latinoamericano es poco propenso a producir el desarrollo que necesita debido a causas

* Don Luis Ugalde S.J., natural de Bergara (Gipuzkoa) y de nacionalidad venezolana, es Licenciado en Filosofía y Letras (Universidad Javierana-Colombia), Teología (Sankt Georgen-Frankfurt), y Sociología (Universidad Católica Andrés Bello-Venezuela) y es Doctor en Historia (Universidad Santa María-Venezuela). Desde 1990 es Rector de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, de la que fue anteriormente Vicerrector (1986-1990). De 1979 a 1985 fue Superior de la Compañía de Jesús en Venezuela, y de 1985 al 88, Presidente de la Confederación de Religiosos de América Latina. Con relación a su actividad docente, es Profesor de Teoría Política, Cambio Social, Historia Social de América Latina y de Economía y Sociedad en la Universidad Católica Andrés Bello, y Profesor de Historia Contemporánea de la Iglesia en el ITER, Venezuela. Ha sido profesor invitado en otras Universidades venezolanas, y ha publicado varios libros como autor y coautor, y numerosos artículos en revistas especializadas y en la prensa.

raciales, climáticas y religiosas que no fomentan la laboriosidad que caracteriza a los anglosajones. Hay muchas variantes de esta tesis tan simple y han estado muy presentes en el pasado y lo están actualmente.

— *Visión colonialista asimilada*. Esta actitud está muy presente en la sociedad latinoamericana y con frecuencia sustenta toda una actividad y cultura política y económica de partidos, de movimientos y de ciudadanos. Según ella fundamentalmente son otros los culpables de nuestro subdesarrollo y problemas. Como no podemos desarrollarnos mientras esos otros no cambien su acción en nosotros, nuestra salvación depende de ellos y nuestra condenación a ellos se debe. Esto toma forma internacional cuando la culpa es atribuida fundamentalmente a las potencias históricamente dominantes (España, Inglaterra, Estados Unidos) o a las transnacionales. A nivel nacional cada subordinado (clase social, región, profesión...) es víctima de otros.

En consecuencia lo que se puede y debe hacer es denunciar al que domina y esperar a que cambie totalmente el sistema de dominación para que luego, libres de los que nos ataron, podamos desarrollar todas las cualidades que tenemos anuladas por la acción malvada de otros.

Una variante de esta actitud es la que se mantiene en movimientos revolucionarios holísticos, los más frecuentes han sido en las últimas décadas de inspiración marxista. Según esta manera de ver las cosas, todo cambio actual gradual es antirrevolucionario, pues crea la ilusión de que es posible mejorar dentro del sistema y así impide la revolución. Lo que se debe hacer es concentrarse en la acción para la toma del poder político para desde allá con una nueva determinación cambiar el sentido de toda economía, de toda política y de toda la vida social. Así, lo que ayer era explotación mañana se convierte en liberación.

— *Visión de cambio cultural-productivo*. Esta visión y actitud no ignora ni desdeña los condicionantes históricos que contribuyen al subdesarrollo, pero afirma la posibilidad propia para salir de la situación en la medida en que nuestros países (sociedad civil y Estado) deciden incrementar sus propias capacidades de producir el desarrollo que necesitan y despliegan una racionalidad instrumental que organice los medios eficaces para lograr las grandes metas sociales como es la erradicación de la pobreza, en cuya absoluta necesidad hay consenso, al menos teórico.

Consideramos que esta es la única actitud que en el momento actual puede producir salidas en América Latina y creemos que ya hay

cambios muy positivos en esta dirección que deben ser identificados, al mismo tiempo que se desmontan ciertos elementos paralizantes y se articulan racional y metódicamente los concretos medios de acción productiva de los bienes servicios y clima nacional de pacífica convivencia que necesitamos.

Como parte de esta actitud básica de considerar el desarrollo posible como fruto de nuestro propio esfuerzo y talento, se debe incluir la superación de una rémora todavía muy presente en nuestros países; la de considerar que son ricos o pobres de acuerdo a la cantidad de materias primas y de productos agrícolas no elaborados de que dispongan.

Hoy América Latina en relación a la década de los sesenta —si bien no está en mejor situación—, sí tiene elementos básicos muy favorables y una posibilidad muy efectiva de cambio de actitud hacia su propio desarrollo.

El horizonte de los sesenta y la paradoja de los ochenta

América Latina entró a la década de los sesenta con una apuesta fundamental entre la Revolución cubana por un lado y la Alianza para el Progreso del Presidente Kennedy, por otro. Aquella tomó el poder en enero de 1959. La creciente hostilidad norteamericana alimentó la lucha armada contra Fidel Castro. En enero de 1961 el Gobierno norteamericano rompió relaciones. Poco después se produjo la invasión de Bahía de Cochinos. Su fracaso trajo la clara definición marxista-leninista del régimen cubano y su alineación con el Bloque Soviético al mismo tiempo que el bloqueo norteamericano que dura hasta hoy. En este clima de hostilidad el Gobierno de Kennedy lanzó la Alianza para el Progreso como vía de salvación para el resto de América Latina. El embajador especial Adlai E. Stevenson, enviado por Kennedy a América Latina, en su informe de mediados de ese año presentaba el peligro comunista a ejemplo de Cuba como la gran tentación latinoamericana y como barrera a este peligro la capacidad que tuvieran los gobiernos democráticos con el apoyo norteamericano de demostrar que se podía conseguir el bienestar dentro de la democracia occidental y el sistema capitalista. «Si la democracia quiere perdurar —decía el informe Stevenson— debe demostrar con rapidez y de un modo convincente su capacidad para convertir en realidad las esperanzas de los hombres.» Y añadía: «Los menos favorecidos por la fortuna están cansados de promesas; quieren acción, resultados, no para sus nietos sino para ellos mismos. Se les

debe demostrar que su interés estriba en poner en actividad la Alianza para el Progreso, de que de aquí en adelante trabajarán en su propio provecho y no para bien de los otros; de que no se les pedirá que soporten el peso del elefante y que acepten la parte del ratón en los beneficios.» Con el enemigo siempre en la mira, Stevenson añadía: «El alineamiento de Cuba al lado del comunismo ha aumentado la amenaza del comunismo en América Latina. El comunismo bajo el nombre de fidelismo, puede disfrazarse ahora en un movimiento revolucionario indígena.»

El Ejecutivo norteamericano decía a su Congreso: «La Alianza para el Progreso mostrará al mundo cómo cuando naciones soberanas juntan sus recursos, se pueden rechazar las fuerzas destructoras, rápida y eficazmente, sin vacilar en su avance hacia nuevos horizontes.»

El 16 de agosto de 1961 la Conferencia de Estados Americanos en Punta del Este aprobó la Carta de la Alianza para el Progreso que en su dintel anuncia: «Las Repúblicas Americanas proclamamos la decisión de asociarnos en un esfuerzo común para alcanzar un progreso económico acelerado y una más amplia justicia social para nuestros pueblos, respetando la dignidad del hombre y la libertad.»

Era la última vez que la República de Cuba asistía a una Conferencia Americana. Luego quedaría excluida y bloqueada hasta nuestros días.

En ese momento Fidel Castro puso el dedo en la llaga al señalar la causa de la debilidad de la Alianza: su motor era el miedo al comunismo y resulta que el miedo sólo es muy mal motor para construir. «Hasta hace dos años —decía Fidel— el imperio yanqui no se había dado cuenta; pero ahora que Cuba ha recordado su existencia, los norteamericanos están muy preocupados, pero no por el bienestar de América, sino por el temor de perderla.» El Che Guevara participó en la Conferencia de Punta del Este y antes de cerrar la puerta de salida de esta Asamblea americana dócil a Estados Unidos dijo lo siguiente: «¿No tienen un poco la impresión de que se les está tomando el pelo? Se dan dólares para hacer carreteras, se dan dólares para hacer caminos, se dan dólares para hacer alcantarillas; señores ¿con qué se hacen las carreteras, con qué se hacen los caminos, con qué se hacen las alcantarillas, con qué se hacen las casas? No se necesita ser un genio para eso. ¿Por qué no se dan dólares para equipos, dólares para maquinarias, dólares para que nuestros países subdesarrollados, todos, puedan convertirse en países industrializados-agrícolas, de una vez?»

Hoy 33 años después Cuba está aislada y encerrada en un callejón sin salida. Al mismo tiempo, América Latina percibe con más claridad las limitaciones y retrocesos que se han producido en este tiempo por carecer de un desarrollo productivo propio sostenido fundamentalmente en su propio talento humano. De manera que ninguno de los dos ganó la apuesta y no se han producido el desarrollo y la paz deseadas.

La Alianza para el Progreso estaba muerta antes de tres años, así como asesinado su inspirador Kennedy. El Continente latinoamericano a partir de 1964 se convirtió en campo expansivo para las dictaduras que una a una se fueron implantando con apoyo norteamericano, al tiempo que se desarrollaba la lucha política por conquistar e implantar la dictadura del proletariado. Diez años después sólo tres países (Venezuela, Costa Rica y Colombia) tenían regímenes que pudieran considerarse democráticos con pluralidad de partidos. En continuas oleadas se estrellaban las aspiraciones populares para hacerse de los bienes que se consideraban secuestrados por el imperialismo o por los ricos y la acción represiva de éstos.

Para la década de los ochenta —a pesar del auge de la inviable ilusión revolucionaria centroamericana— ambas fórmulas estaban agotadas. Ni la dictadura militar derechista ni la dictadura proletaria podían dar lo que no diera una nueva actitud productiva en la sociedad civil. El Estado y su ineficiencia estaban agotados. Así mismo una manera de hacer política partidista basada en las promesas populistas y en el clientelismo corruptor. El considerable crecimiento en las décadas de los sesenta y setenta tenía pies de barro y resultaba insostenible por su ineficiencia y falta de competitividad a nivel mundial.

Luego vino la década perdida en la que se dio el regreso condicionado de las democracias, pero con la terrible herencia de la deuda externa y del decrecimiento económico que dejaba al descubierto las debilidades productivas y una inflación desbocada. Se veía que incluso las dictaduras más represivas con todo su horror no habían podido establecer una dinámica económica sostenible. Había una enorme carencia en el sujeto productor de bienes, de servicios y de organización así como las virtudes ciudadanas. Por fomentar en universidades y partidos el *sujeto productor de la revolución* y de la toma del poder o la política represiva y enfermizamente anticomunista en los militares y fuerzas de derecha se había descuidado el difícil y *necesario desarrollo del sujeto productor de bienes y servicios y de organización* honesta y eficiente en todos los niveles y ámbitos. Las élites dominantes mostraron su *incapacidad de asumir* en serio como problema nacional los intereses de

los pobres y oprimidos y ésta sigue siendo hoy una enorme deuda social heredada que pesa más que la deuda externa. Sólo una política totalmente renovada puede tener futuro.

La caída del Muro de Berlín y el derrumbe del Bloque Soviético al final de la década cambiaban de tal manera el panorama político que obligaba a pensar muchas cosas de nuevo. El revolucionarismo marxista de muchas universidades latinoamericanas y maneras de pensar y de hacer política habituales como la represión de la ultraderecha antimarxista quedaron viudos. Tal vez el cambio político en Chile del 73 al 90 sea una muestra significativa del fin de un modo y el comienzo de otro muy distinto aunque en buena parte los protagonistas de hoy sean los mismos que los del comienzo de la década de los setenta. Pero no es el único caso. Hay un nuevo viento político evidente cuando se compara la política de Menem con la tradicional del Justicialismo en Argentina, lo que hoy significa Fernando Henrique Cardozo en Brasil en relación a sus propias tesis anteriores y a la tradicional política brasileña, los últimos dos presidentes mexicanos en relación a la tradición y modos políticos del PRI, el derrumbe del APRA y otros partidos en Perú y el surgimiento de Fujimori. Incluso el vuelco de la guerrilla salvadoreña revela cambios muy profundos en el estilo y temática de las diversas tendencias en la política latinoamericana. La eficiencia económica se pone en el centro del bien común y de la gobernabilidad de nuestros países. Sólo que esa eficiencia productiva debe lograrse en todos y para todos y ello tiene que ver con la gran pregunta de la pobreza a la que no se dará respuesta con proyectos meramente neoliberales que generen masas de neopobreza y de excluidos, aunque es evidente que nada se puede hacer sin sanear y dinamizar la economía.

No solamente en política se deben plantear de nuevo las cosas sino también en la educación. Los hechos son elocuentes. América Latina puede demostrar unos crecimientos numéricos impresionantes en todos los niveles de la educación entre 1950 y 1990, pero queda abierta la pregunta sobre los frutos de desarrollo productivo y de la elevación de la calidad de vida ciudadana para todos, que esa educación ha traído.

América Latina en 1950 producía el 12,42 % de las exportaciones mundiales. Para 1980 el porcentaje se redujo a 5,41 y en la llamada «década perdida» bajamos al 4 por ciento.

En esas mismas décadas el esfuerzo por generalizar la educación en América Latina y el Caribe fue impresionante. Las cifras son elocuentes. Como muestra veamos sólo las de nivel superior. De 1950 a 1990 se ha

pasado de 267.000 estudiantes de tercer nivel a cerca de 7.000.000. Cada año ingresan más de medio millón de diplomados de nivel superior. La educación se generalizó gracias al financiamiento del Estado y la educación universitaria se abrió a los sectores medios y populares.

La educación fue considerada como el principal canal de movilidad social vertical y de ascenso y así lo lograron muchos millones de latinoamericanos cuyos padres eran analfabetos. Sin embargo el hecho de que en los mismos años en que se daba esta impresionante expansión educativa se produjera tan dramática reducción de la participación latinoamericana en las exportaciones mundiales hace ver que no se ha dado la adecuada relación entre el hecho educativo y el hecho productivo, sino que en buena parte han estado divorciados, divorcio entre universidad y sociedad y entre universidad y economía.

Quizá esta reducción latinoamericana en el peso específico mundial pudiera estar contrapesada por el desarrollo interno, pero tampoco se puede considerar que la expansión educativa haya traído mejor distribución del ingreso en los países, más justicia social y más calidad de vida ciudadana y de convivencia pacífica. Por desgracia es todo lo contrario, ha aumentado el porcentaje de indigencia, la distancia entre ricos y pobres, y disminuido el poder adquisitivo de los trabajadores que menos ganan. Ello nos obliga a plantear una nueva relación entre educación y la empresa productora y entre la educación y la sociedad contrastando los números de la educación formal con el incremento real de la capacidad productiva de los países y la elevación de las virtudes ciudadanas y de la convivencia pacífica.

Si la educación y la política ofrecen este saldo, no es mejor el saldo económico al final de los ochenta. Ciertamente la estrategia de los sesenta de sustitución de importaciones de bienes finales de consumo produjo años de crecimiento sostenido y de expansión industrial. Pero en sí mismo llevaba la limitación: descansaba en las muletas del subsidio y de la protección estatal. Lo que pudiera faltar en la calidad del esfuerzo productivo y en el precio competitivo, lo ponía el Estado como protección aduanera frente a la competencia internacional. Así mismo, no se hacía el debido esfuerzo por conquistar mercados internacionales donde tendrían que competir en igualdad de condiciones. Esto hizo que en general la fortaleza del empresariado fuera artificial y cuando en la última década tuvieron que presentarse a la competencia internacional abierta, quedó patente su debilidad. Así mismo llegamos a la década del noventa con una pesada carga de deuda externa que superaba los 430.000 millones de dólares que tiende a hacerse perpetua,

pues no hay capacidad de reducirla, ni siquiera de pagar los intereses sin hipotecar gravemente los programas de desarrollo interno. En la década de los ochenta se produjo una transferencia neta de capitales al exterior de 230.000 millones de dólares, al tiempo que el déficit de inversión en América Latina y el Caribe se calculaba en 700.000 millones de dólares. Debemos modificar de tal manera los factores internos que se revierta el flujo de capital y de iniciativa empresarial internacional para que ésta vuelva con toda su capacidad. Afortunadamente ya en varios países se está dando este cambio.

América Latina llegó a la década del noventa con verdadera sensación de fracaso. Fracaso de la vía cubana, fracaso de las dictaduras militares de derecha impulsadas por Estados Unidos y fracaso de las políticas intermedias de partidos políticos reformistas con fuerte orientación populista y subsidio estatal al bienestar generalizado. Fracaso en definitiva del liderazgo nacional para producir la sociedad y la economía que necesitamos. Esta sensación iba acompañada por el cambio del interés mundial que parecía atraer más la atención y las inversiones hacia el este europeo o hacia el sureste asiático.

¿Será que ya pasó la oportunidad de América Latina?

A nuestro modo de ver no hay tal. Simplemente cambió el mundo y cambió la realidad latinoamericana. Sólo quienes capten rápidamente las nuevas condiciones de posibilidad nacional en los nuevos escenarios internacionales y actualicen la búsqueda de sus objetivos en esta nueva realidad podrán lograr sus metas.

Cambios y nuevas perspectivas en los noventa

Los nuevos escenarios en la década final del siglo xx han cambiado sustancialmente los retos y las condiciones de posibilidad. Estos cambios son mundiales y también propios del mundo latinoamericano.

Cambio en los escenarios internacionales y nacionales

Sólo menciono el hecho de la *globalización* de la economía, la *desmaterialización* de la producción haciendo que cada vez tengan menos peso y valor las materias primas y la fuerza de trabajo no preparada, la apertura de las fronteras que permite una *más abierta combinación de factores de producción* sin respetar los estrechos límites de los Estados nacionales y la *revolución de las telecomunicaciones, del transporte y de la informática*.

Al mismo tiempo la *desaparición del Bloque Soviético* en su realidad política y también económica para avanzar precipitadamente hacia el capitalismo, quita esta referencia a América Latina y a muchos de sus intelectuales, universitarios y luchadores sociales y políticos. En consecuencia también el anticomunismo civil, militar y religioso que tanto peso negativo y de bloqueo ha tenido en América Latina después de la Segunda Guerra Mundial, han sido barridos por sólo estos hechos. Es también un hecho el cese en algunos países y el ocaso en otros de las luchas guerrilleras orientadas a la toma del poder y cambio total de sistema.

Los *Estados nacionales* a nivel mundial pierden fuerza y hegemonía, pues ya no controlan la abierta comunicación de los capitales y de los otros factores de producción y tampoco los factores de seguridad y de defensa, ni la cada vez más libre movilidad humana. Así como las realidades supranacionales y los nuevos bloques económicos relativizan el poder y modifican el papel de los Estados nacionales, también éstos pierden la fuerza monolítica de otros tiempos dentro de sus territorios y del ámbito controlado por ellos.

La *nivelación y homogeneización del horizonte cultural*, producto de los medios de comunicación social convertidos en gigantesas empresas económicas, hacen que en Moscú o Pequín se ponga de moda la misma música, la misma comida o los mismos vestidos que en Londres o Nueva York. A su vez la globalización y la uniformización económica y cultural son fuertes vientos que han soplado sobre las cenizas que escondían las latentes brasas de los *nacionalismos* y dialécticamente han contribuido a avivar *la identidad de los pueblos, de las culturas y de las religiones específicas*. Al mismo tiempo la amenaza de la globalización también da pie a reacciones fundamentalistas y peligrosas xenofobias segregadoras.

Además de estos cambios internacionales, y los cambios políticos en América Latina, hay otras tendencias que se han ido afianzando en estos últimos años. La inflación que en los ochenta llegó a un promedio de 500 % alcanzando en algún año a 900, en 1994 será del 12 %. Los aranceles externos que en los ochenta eran del 50 % promedio, hoy están cerca del 10 %. El comercio regional está creciendo tan rápidamente que en 1993 ha habido más comercio dentro de la Región que con USA y, por ejemplo, las inversiones chilenas en Argentina que en 1991 eran de unos 100 millones de dólares han pasado a cerca de 3.000 millones en 1994. La apertura y los pasos hacia la integración regional se reflejan en los numerosos acuerdos como Mercosur, Pacto-

Andino, Mercado Común Centroamericano, G3, NAFTA etc. La creciente unidad latinoamericana da una fuerza mayor de negociación internacional, además de las naturales ventajas de una mayor solidaridad entre pueblos que tienen tantos elementos en común. Las inversiones extranjeras están aumentando rápidamente. En 1994 entraron 55.000 millones de dólares y América Latina está atrayendo 8 veces más capital que en los ochenta por la sencilla razón de que ahora hay condiciones atractivas. Entre 1988 y 1993 los mercados de valores latinoamericanos rindieron un 26 % más que la Bolsa de Nueva York. En la mayoría de los países, incluidos Perú y El Salvador, hay un significativo incremento de PIB. Se ha avanzado mucho en el restablecimiento de los equilibrios macroeconómicos y se han dado importantes pasos en la privatización de empresas a fin de lograr un Estado más eficiente y concentrado en sus responsabilidades primordiales. En todos los países excepto Cuba hay gobiernos democráticamente elegidos.

Por supuesto sólo estamos mencionando algunos hechos que indican efectivos aires de cambio. Junto con estos cambios positivos es un hecho alarmante la pobreza en que vive aproximadamente la mitad de la población con peligro de que los costosos ajustes recaigan principalmente sobre los sectores de menores ingresos. La indigencia en la última década aumentó del 19 al 22 % y la pobreza llegó al 46 %. Sobre este punto hoy hay una conciencia más realista que en años anteriores, pero todavía las políticas económicas no incluyen debidamente la incorporación productiva de la población con peligro de que casi media población sea dejada a la beneficencia pública y privada.

Al considerar los logros y fracasos de las décadas anteriores y los nuevos desafíos y escenarios en los que hoy se plantean los problemas latinoamericanos, vemos las siguientes posibilidades para América Latina.

Algunas conclusiones latinoamericanas

Aunque pueda sonar un poco dramático, nos parece que es necesario aceptar algunos hechos y tareas que significan un corte con actitudes individuales y políticas del pasado y nos parece que además ya está ocurriendo en forma muy acelerada. Algunos de los presupuestos básicos formulados en forma esquemática serían los siguientes:

1. *Estamos solos. Nadie lo va a hacer por nosotros. Ni siquiera vendrán para explotarnos.*

Con esto no se pretende recomendar el aislacionismo, sino asimilar el hecho de que ahora los encuentros y las cooperaciones son competitivas, es decir que hay que poner fin a la actitud de echar la culpa a los factores externos o de esperar que la caridad de ellos haga en nuestro lugar las sociedades latinoamericanas que deseamos. Esta sola aceptación tiene enormes implicaciones en la formación y socialización política, así como en las actitudes empresariales y en general productivas. Para los efectos es similar la actitud que espera todo del Estado (considerado como algo externo) o le echa la culpa de todo lo que no funciona en forma adecuada, eludiendo así la responsabilidad y esfuerzo propios y olvidando que el Estado mismo es producto nuestro.

Desde esta posición de asumir la propia realidad, se pueden establecer unas relaciones sanas de cooperación internacional.

2. Tendremos la sociedad, la economía, la política y la convivencia pacífica y justa que seamos capaces de producir nosotros.

Este punto es consecuencia del anterior y clave para el éxito: entendernos como productores de nosotros mismos y de nuestras sociedades.

3. Redimensionamiento del Estado.

Con frecuencia el Estado es vivido en la conciencia ciudadana como algo externo cuya calidad y funcionamiento no dependen de la conciencia y conducta ciudadana de cada uno, pero al cual se le puede pedir y exigir todo. Su manera de financiarse, su manera de ser gestionado y su relación con la sociedad civil debe ser transformada radicalmente. Por tanto no tiene sentido un estado paternalista, que mantiene y subsidia la mediocridad empresarial, que con sus dádivas distorsiona la productividad de las empresas, ni un Estado que sea manejado como botín privado por los partidos clientelistas nombrando funcionarios a base de carnet. Un Estado más descentralizado con una mayor vitalización participativa en la base municipal, vecinal y regional ayuda a desarrollar una conciencia más contributiva en cuanto a los servicios públicos y al mismo tiempo más exigente en cuanto a la eficiencia de éstos. Hay que recrear el sentido de lo público como aporte ciudadano y no simplemente como demanda de servicios gratuitos. El sentido ético y los valores ciudadanos deben desarrollarse en la sociedad civil para que los aportes, la vigilancia y las virtudes cívicas contribuyan a un Estado más eficaz, más controlado y menos pesado y costoso. En el pasado la ineficacia y la corrupción en las áreas del Estado gozaban de mucha tolerancia y de comprensión. Así se llegó a fabulosos déficits públicos, colapso de los servicios públicos y en muchos casos a la quiebra del Estado.

En el pasado hemos vivido la realidad de Estados represivos para los que la población pobre era una amenaza y por tanto objeto primordial de represión. Ahora no se puede alegar el peligro comunista como excusa y hay que desarrollar un liderazgo capaz de asumir la realidad total de la sociedad y de asumir a los pobres como verdaderos ciudadanos. Lo mismo se diga en relación con las Fuerzas Armadas, sus presupuestos y su formación con frecuencia profundamente distorsionada en relación a los países vecinos latinoamericanos y a la población de bajos recursos.

4. La educación formal e informal valen por la capacidad que tienen de formar productores.

La mayor pobreza humana consiste en no poder ser productor y beneficiario de esa producción. Los países con el 40 ó 50 por ciento de la población pobre no pueden ser sino pobres países. Por eso la educación hay que entenderla como formación de productores de valores, de calidad ciudadana y de los bienes y servicios que necesitamos en una economía abierta y globalizada.

Esto refuerza la alta valoración de la educación en un mundo económico competitivo en el que la clave está en la formación humana de calidad con capacidad para generar valor agregado. La capacidad de asimilación y manejo de la ciencia y de la tecnología a todo nivel, supone un vuelco en el sistema educativo latinoamericano y también en el horizonte de las luchas universitarias de los años sesenta.

Pero para que la educación surta los efectos necesarios no puede ofrecer más de lo mismo que en cifras impresionantes se dio en las décadas anteriores. Hay que pasar de entender el hecho educativo como medio para acceder a la riqueza ya existente, a considerarlo como medio para producir la riqueza que no existe. Hay que desburocratizar y despartidizar el hecho educativo y pasar del Estado docente quasimonopólico a la sociedad docente apoyada por un Estado que da plena prioridad al desarrollo de la gestión educativa plural formadora de ciudadanos y de productores. Y finalmente hay que poner un gran énfasis en la formación para los oficios y evitar que todo el sistema educativo sea enfocado hacia la universidad produciendo el fracaso de muchos que van a ella sin tener la cualidades y de otros que no recibieron la formación profesional que necesitaban.

5. Los empresarios deben competir sin muletas estatales y sin protecciones a la ineficiencia e incapacidad. Asumir la totalidad social y negociar.

La política de sustitución de importaciones de bienes finales de consumo, en la que se basó la industrialización latinoamericana de las décadas anteriores, llevó a que el Estado protegiera ineficiencias y distorsionara la productividad con sus subsidios y protecciones. Ahora hay que medirse en mercados abiertos y ser capaz de exportar porque se tiene calidad y precios competitivos y hay que formar equipo y negociar para ello. La competitividad no la dan los bajos salarios de los trabajadores, sino la buena gerencia y la buena formación de los mismos. Para lograr esto es necesario desarrollar una cultura de negociación y de cooperación entre los factores de producción que lleven a unarse en el propósito común de hacer empresas competitivas. La pobreza y la riqueza del país no dependen de sus riquezas naturales, ni de sus materias primas abundantes (cosa que se enfatizó en el pasado y todavía lo hacen algunos), sino del número de personas capaces de manejar las actuales condiciones de productor exitoso en el mundo. Por ello las empresas deben dar máxima prioridad y contribuir eficazmente a la tarea educativa tanto general como la que hacen continuamente con sus propios trabajadores. El Estado debe apoyar una decidida política de ciencia y tecnología y de potenciación humana, pero evitando compensar con su ayuda la ineficacia empresarial.

Al hablar del futuro de América Latina y de sus capacidades para enfrentarlo, siempre de manera implícita o explícita aparecen dos preguntas, la primera tiene que ver con la actitud del latinoamericano hacia el trabajo y la gerencia y la otra con el papel de la religión y más en concreto de la Iglesia Católica.

La pregunta por nuestras identidades latinoamericanas

Decimos identidades y no identidad, puesto que la identidad latinoamericana está en su variedad y en su condición mestiza. El continente latinoamericano es el mayor crisol mundial donde se han fundido de manera más profunda y amplia las razas indígenas con el europeo y el africano. Fusión y mestizaje lleno de violencias y atropellos, como sucede siempre en la historia, pero que hoy presenta un cuadro de convivencia, de tolerancia y de apertura que ningún otro continente puede presentar. Sin embargo hay la tentación de pensar que América Latina sólo será capaz de resolver sus problemas en la medida en que renuncie a su identidad y deje de ser mestiza para hacerse sajona (nos decían hasta ayer) o asiática, como nos urgen hoy. Hay libros sobre esto. Libros de ayer y libros de hoy. Nuestra opinión es que los pueblos hacen bien aquello que sale del fondo de su identidad y no lo que tratan de hacer

ignorando esa identidad o forzándola para que sea otra. Al mismo tiempo defendemos que la identidad no es estática ni petrificada en el pasado, sino algo muy dinámico, adaptativo y con enorme capacidad de asimilación. Lo que viene del exterior no es malo, ni la novedad amenaza la identidad por ser novedad, sino que depende de la asimilación que se haga. Si lo que viene de fuera es asimilado y fortalece lo propio, como cuando digerimos bien cualquier clase de alimentos, entonces la identidad propia se fortalece, crece y resulta dinámica y creadora.

En aras de la brevedad y de la claridad, voy a citar a dos autores de mucho predicamento en el siglo pasado y que nos permiten poner sobre el tapete la posible contradicción entre las identidades latinoamericanas y los actuales retos de desarrollo. Domingo Faustino Sarmiento (1811-1885), que tanto peso tuvo en la política argentina —llegando a ser Presidente de la República— y sobre todo en la educación, decía que el pueblo latinoamericano «se distingue por su amor a la ociosidad e incapacidad industrial». Y señalaba las causas de tan fatal resultado: «Mucho debe haber contribuido a producir este resultado desgraciado, la incorporación de indígenas que hizo la colonización. Las razas americanas viven en la ociosidad y se muestran incapaces, aún por medio de la compulsión, para dedicarse a un trabajo duro y seguido. Esto sugirió la idea de introducir negros de Africa, que tan fatales resultados ha producido. Pero no se ha mostrado mejor dotada de acción la raza española, cuando se ha visto en los desiertos americanos abandonada a sus propios instintos.»

Por eso el también pensador argentino Alberdi (1810- 1884) decía que «en América todo lo que no es europeo es bárbaro». Se sobrentendía que el siglo pasado europeo civilizador era sólo el anglosajón en contraposición al mediterráneo y en concreto al español. «Por otra parte —aclaraba Sarmiento—, los españoles no somos ni navegantes, ni industriosos y la Europa nos proveerá por largos siglos de sus artefactos en cambio de nuestras materias primas; y ella y nosotros ganaremos en el cambio: la Europa pondrá el remo en las manos y nos remolcará río arriba, hasta que hayamos adquirido el gusto de la navegación.» Aquí es donde debemos preguntarnos ¿Incapacidad determinista o condicionamiento cultural histórico y por tanto cambiable?

Hoy concepciones parecidas a éstas toman fuerza de nuevo. Antes nos comparaban negativamente con los anglosajones, ahora muchos nos ponen como ejemplo a los del sureste asiático, que tanto éxito económico han tenido recientemente. Los latinoamericanos no tendríamos más remedio que ser como ellos o perecer.

Este es un terreno lleno de prejuicios, pues se trata de la apreciación de los pueblos y en esto el etnocentrismo es la regla general y no la excepción. Aunque hay muchas teorías perjudicadas que condenan a muchos pueblos a la inferioridad constitutiva, prevalecen tres factores que combinados aplican algunos a América Latina de manera determinista: la religión, la raza y la geografía darían cuenta exacta de la supuesta falta de laboriosidad de los latinoamericanos.

Haciendo un uso no muy ajustado de Max Weber y su libro *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo* algunos acuden a la religión católica de los latinoamericanos, como causa de su supuesta falta de espíritu creativo y de trabajo. Otros parecen hacerse eco de la idea hegeliana de que hay pueblos privilegiados para crear civilización y otros simplemente limitados a ser consumidores de civilización. Y no faltan quienes al determinismo racial y religioso añaden elementos de determinismo geográfico, más cuando se trata de países tropicales. Personalmente en mi época de estudios observé cómo en Alemania muchos tenían una especie de evidencia cotidiana de su superioridad y de la mayor cercanía a la racionalidad humana que tendrían los nacidos en Mitteleuropa, al tiempo que observaban que los «gastarbeiter» inferiores venían del sur, eran «sudlander» evidentemente afectados por el calor mediterráneo que los hacía festivos, temperamentales y poco laboriosos y disciplinados.

Para relativizar estas «evidencias» inconsistentes baste recordar que las grandes culturas que conocieron los europeos venían justamente de esas tierras calientes del sur al tiempo que los del centro y norte de Europa eran considerados bárbaros. Las culturas caldea, asiria, babilonia, egipcia, fenicia, griega, romana y árabe florecieron de manera asombrosa en tierras cálidas y fueron creadas por los antepasados de esos pueblos mediterráneos del sur hoy considerados atrasados y de raza inferior. Las disciplinadas legiones del imperio romano no eran alemanas sino que tenían el corazón de su organización en Italia. Al tiempo que los temibles vikingos y normandos eran antepasados de los actuales pacíficos escandinavos. Si miramos a Asia nos encontramos con temprano desarrollo de culturas admirables y avances tecnológicos superiores y anteriores a los europeos al menos hasta el siglo XIV. Otro tanto se puede decir de las culturas mayas, aztecas o incaicas cuya producción asombra tanto.

En cuanto a la religión todo queda más que relativizado cuando vemos que en el mundo norteamericano los ciudadanos de origen católico (irlandeses, italianos, polacos...) han tenido en décadas recientes éxi-

tos relativamente mayores que sus colegas protestantes dentro de su mundo de trabajo y gerencia. En Europa la atrasada Italia ha alcanzado a los ingleses en su economía y sin duda en las últimas décadas en los pueblos del Estado español se han dado cambios acelerados que demuestran que estamos ante hechos culturales cambiantes aún dentro de unas mismas raíces religiosas. Y los del sureste asiático exitosos no tienen raíces protestantes ni católicas y apenas ayer eran despreciados y frenada su migración, pues constituían el «peligro amarillo».

Esta somera alusión la hacemos para poner la discusión sobre la laboriosidad, creatividad económica y desarrollo en el terreno que le corresponde, en el terreno cultural, lleno de cambios históricos. No se trata de negar los condicionamientos, sino de devolver su lugar a la creatividad de los pueblos. Hoy en América contemplamos las ruinas de grandes y asombrosas culturas cuyo misterio y explicación hay que buscarlo en el alma y organización de esos pueblos en un momento histórico determinado. ¿Qué movió el espíritu de los mayas, aztecas e incas para llegar a desarrollar con su raza y en esta geografía culturas tan desarrolladas y organizaciones tan sofisticadas? Ante el misterio de sus ruinas algunos se sienten tentados de atribuirlos a seres extraterrestres antes que aceptar esos trabajos portentosos como realizados por los antepasados del actual campesino quechua empobrecido, humillado y privado de la espina dorsal de una cultura que despierte y estimule su trabajo creativo.

En la realidad colonial de la América Ibérica y luego en el desarrollo de las repúblicas independientes hay factores fácilmente identificables que dan cuenta de los fracasos y de las limitaciones en el desarrollo económico social. Permítanme presentarles una sola muestra ilustrativa de lo que afirmo que tiene además un interés particular para este auditorio.

El francés Francisco Depons publicó en París, en 1806, su conocida obra *Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme en la América Meridional* que trata de Venezuela. El era agente del Gobierno de Napoleón cuando vivió en Caracas de 1801 a 1804. Conoció bien la lengua y la región del Caribe por haber vivido en ésta desde 1792 y estaba interesado en observar y recoger informes, sobre todo lo que fuera de utilidad para la economía y el comercio francés, enfrentado al poderío inglés.

A pesar de sus prejuicios e inexactitudes en muchos aspectos, la obra de Depons es de gran interés. Algunas observaciones nos expresan con suma claridad la valoración dominante del trabajo en la alta sociedad criolla de esta colonia española en su cristalización final. La

actitud más generalizada en la sociedad contrastaba con los rasgos de profunda innovación moderna que iba introduciendo determinado tipo de inmigración en el siglo XVIII venezolano y algunos funcionarios típicos del despotismo ilustrado con nueva mentalidad económica.

Depons observa que los dueños de las haciendas «principalmente y de ordinario residen en las ciudades, donde todo propietario tiene su casa y su familia. El ajuar, el número de criados, los gastos, en una palabra se disponen de acuerdo con el producto de la hacienda pero no dejan de calcular éste al tipo de año más fértil y abundante. Por consiguiente, sólo por excepción, las entradas son mayores que los gastos y en vez de economizar para mejorar el cultivo, se cargan de deudas y las achacan al mal tiempo y a deficiencia de las leyes, cuando sólo se deba a la falta de orden de los hacendados». Esta actitud típica del rentista que no «economiza para mejorar el cultivo» sino que todo lo destina al consumo, denota la ausencia de una mentalidad capitalista burguesa que en muchos aspectos de la agricultura venezolana ha durado hasta nuestros días, en contraste con el surgimiento de sectores de alta inversión y plenamente innovadores.

Pero no se trata sólo del ausentismo y de falta de inversión, sino que la actividad productiva era una deshonra para el hidalgo y el mantuano venezolano. Así se resalta en un significativo relato de Depons: «El hacendado que una vez al año visita sus haciendas, está satisfecho de haberse ocupado bastante de sus intereses. A menudo, ni siquiera se ha enterado de los trabajos que se practican en su finca. Recuerdo que una vez le pregunté a un doctor español que acababa de pasar dos meses en su hacienda de caña, si el tiempo era bueno para las plantas, si se daba buena azúcar, en una palabra, si su industria marchaba bien. Me respondió, sonriendo desdeñosamente, que de esos detalles se ocupaba su administrador; y todos los presentes tomaron cartas en el asunto para indicarme seriamente que el señor doctor sólo iba a sus haciendas por placer y por gozar del buen clima y no a vigilar sus intereses ni a ocuparse de la administración de ella. Hube de presentarle inmediatamente y con toda solemnidad mis excusas. Quedé confundido por haber molestado a un propietario español con preguntas que hubieran halagado al más poderoso de los hacendados franceses. Un país donde se desdeña de tal modo la agricultura, es indigno de los favores de la Naturaleza.»

Depons considera que los vascos de la Compañía Guipuzcoana entraron en Venezuela con una mentalidad empresarial distinta y, aunque hacía más de veinte años que ya había desaparecido la Compañía,

pondera el observador francés sus éxitos notables «por lo atinado de sus administradores, quienes fueron siempre de la Provincia de Vizcaya, que parece el asilo de las buenas costumbres».

Así pues Depons remite el hecho de la productividad de las haciendas a la mentalidad de sus propietarios. Luego tiene algunas observaciones sobre las diversas actitudes que observa entre los criollos y también entre los peninsulares: «Todos los blancos son hacendados o negociantes, militares, clérigos o monjes, empleados judiciales o de hacienda. Ninguno se dedica a oficios o artes mecánicas. El español blanco y principalmente el criollo, se siente deshonrado si se gana el sustento con el sudor de su frente y si lo debe a los callos de su mano.» Entre los peninsulares distingue también entre aquellos venidos de España como funcionarios que provocan celos de los criollos por quitarles los altos puestos, aunque con frecuencia éstos tengan mejor formación. En contraste con éstos, hay otros peninsulares que vienen a producir y a hacer fortuna:

«La segunda clase de Europeos residentes en Caracas se compone de aquellos a quienes la industria o el deseo de hacer fortuna llevan a estos lugares. Casi todos son oriundos de Vizcaya o de Cataluña. Unos y otros son igualmente industriosos; pero los Vizcaínos, sin fatigarse tanto, administran mejor sus negocios. Como dispuestos a los riesgos del comercio y como constantes en la agricultura, suelen superar a los Catalanes. Pero éstos a su vez los superan en laboriosidad, si bien, en verdad, son menos arrojados y menos cultos. El Vizcaíno nunca se arredra por la magnitud ni por el riesgo de una especulación. Confía bastante al azar. Los otros, más parsimoniosos, no emprenden sino lo cierto y lo que juzgan dentro de sus fuerzas y recursos.»

Dice Depons que tanto unos como otros «se distinguen por su buena fe en los negocios y por su exactitud en los pagos».

Una tercera categoría de inmigrantes sería la de los Canarios que abandonan su tierra más por necesidad que por ambición. Ellos «son tan trabajadores como los Vizcaínos y los Catalanes». Y termina Depons. «En conclusión, todos éstos son elementos útiles a la sociedad; pues todos tratan de ganarse la vida por vías legítimas, y tienen a honra probar, por medio del ejemplo personal, que el hombre ha nacido para el trabajo.»

Esa misma mirada apreciativa tiene con los habitantes de otras regiones de Venezuela. Por ejemplo, al hablar de Maracay y de los Valles de Aragua, dice: «Al igual del pueblo, sus habitantes son dignos de la

admiración del observador. Nadie presume de alcurnia ni se envanece con las distinciones.» «La industria, la actividad, el trabajo, son base de sus sentimientos. Por una beneficiosa emulación la agricultura ha llegado a ser la pasión dominante de todos.» De nuevo esta realidad en los Valles de Aragua es atribuida a los vascos y canarios. «No cabe duda de que la mayoría de ellos han de ser Vizcaínos, pues éstos, entre todos los españoles europeos residentes en Tierra Firme, se dedican con preferencia a la agricultura. Los oriundos de Canarias les siguen las huellas, aunque no les igualan. Las hermosas siembras que atraen la mirada en los alrededores de Maracay, se extienden por todos los Valles de Aragua ya se llegue a ellos por Valencia o por las montañas de San Pedro, que los separan de Caracas. Allí se tiene la impresión de estar en otro país, en una comarca poblada por la gente más laboriosa y amiga de la agricultura. En las quince leguas de Este a Oeste ocupadas por estos valles sólo se ven campos de frutos coloniales, regados con arte, molinos de agua y soberbios edificios destinados a la fábrica y preparación de los productos. Lo más notable, sin embargo, es la gran actividad que parece hija de aquella tierra. La gente libre que en otras partes casi no hace nada, aquí se dedica a trabajar, mediante un salario razonable, de suerte que el hacendado no ha de comprar sino muy pocos esclavos, únicamente los necesarios al mantenimiento de la hacienda. En los trabajos extraordinarios, como la siembra, la limpia y la cosecha, se emplea jornaleros libres.» (Véase la obra citada tomo I pp. 84, 105 y 229).

Traemos este testimonio para ver cómo las ínfulas de nobleza que cristalizaron en la sociedad criolla tardíamente en el siglo XVIII dan más cuenta de los hechos que supuestas explicaciones de determinismos religiosos, climáticos o raciales.

El trabajo es siempre un medio arduo que sólo se desarrolla cuando se quiere alcanzar un fin altamente valorado en la cultura propia. Para alcanzar ese fin se desarrolla el talento, la ciencia y la tecnología y se desarrollan organizaciones eficaces.

Hoy en América Latina estamos ante el mismo reto. La dirigencia de nuestros países tiene que asumir la realidad integral de los mismos y tender puentes efectivos entre las necesidades dramáticamente sentidas, cuya satisfacción se pone como fin, y los medios eficaces para su logro. Nadie trabaja libremente si con su trabajo no se consiguen objetivos valiosos para sí. Tampoco se trabaja en aquellas culturas y organizaciones donde se puede conseguir el mismo fin sin trabajar. Esta es la causa por la que con frecuencia los clientelismos políticos, los subsidios

y los favoritismos estatales hacia empresas ineficientes o trabajadores mediocres, han matado el trabajo y la creatividad pues se podía llegar a obtener los objetivos de la riqueza o del consumo básico por el camino del Estado sin pasar por la productividad, la creatividad, el riesgo y la disciplina organizativa.

Es en este terreno donde se están dando hoy los grandes cambios en América Latina y que se apreciarán mejor dentro de pocos años. Los éxitos dependerán de la acertada combinación de la iniciativa privada creadora de riqueza y del papel del Estado que no distorsione sino que refuerce sobre todo con unos objetivos sociales claros y con el fortalecimiento de los talentos y de la ética del ciudadano creador. La paz y el desarrollo surgen de la incorporación de la mayoría de los ciudadanos a la tarea de lograr la convivencia y los valores ciudadanos, y la creatividad productiva de los bienes y servicios que necesitamos consumir o intercambiar.

El papel de la religión y de la Iglesia Católica

En América Latina no es unívoco el papel social de la Iglesia Católica. Nunca lo ha sido. Pero fundamentalmente ha habido en las décadas postconciliares un cambio desde posiciones predominantes que apuntalaban el orden conservador de privilegio y de marginación de las mayorías hacia una mayor identificación con el cambio y con el fortalecimiento de los oprimidos para que caminen hacia su liberación en una vida más humana. Este cambio después de la Conferencia Episcopal en Medellín (1968) piedra angular de la reflexión postconciliar de la Iglesia latinoamericana, en las primeras décadas estuvo signado por los enfrentamientos internos y el cuestionamiento del viejo orden o desorden, así como por la opción preferencial por los pobres. Esta lucha de dos décadas ha producido mártires, pensamiento, acción e inspiración cristiana. Ha dejado también al descubierto la tendencia de todo poder a utilizar la religión como legitimador y puntal del orden de poder y de privilegio.

En este contexto nace y se desarrolla la teología de la liberación. A mi juicio lo más duradero de ella no está en que coincidía con el enfoque revolucionario del cambio en las décadas pasadas, sino en su encuentro creciente e identificación con unas comunidades cristianas en las que la vivencia evangélica alimenta la creatividad, la solidaridad popular y la liberación por el camino de la producción responsable de una sociedad civil organizada y una alteridad consciente y con poder ante el

Estado y ante otros sectores sociales. Esto es duradero, está en crecimiento en todos los países y es condición indispensable para rescatar y revitalizar incluso al propio Estado. A pesar de los fuertes vientos neo-conservadores de los últimos tiempos, las comunidades cristianas son más numerosas y articuladas. Creemos que en pocos años más se producirá el necesario encuentro masivo de este espíritu con la necesaria mediación de las ciencias, de la tecnología y de la organización. Este encuentro no se ha dado todavía con la debida fuerza en las comunidades cristianas populares como camino para pasar de la miseria a la vida compartida y al desarrollo pacífico. Aquí también se va aprendiendo que no hay cambio por el atajo de la toma del poder político, sino que el camino es la producción de ciudadanía articulada y de los bienes y servicios necesarios.

La Iglesia Católica es hoy el principal factor de articulación popular y de animación de un espíritu de solidaridad ciudadana que está en la base de toda renovación de nuestras sociedades civiles, tanto en el aspecto político como en el productivo. No se trata de una vuelta a la cristiandad clerical, sino de un espíritu creativo abierto del pueblo de Dios que asume las identidades culturales, se encarna en ellas y las potencia para que realicen la difícil síntesis de los principios imprescindibles de la modernidad sin renunciar a su identidad y sin caer en la adoración y engaño de los mitos de ésta.

La Paz:
Responsabilidad y rumbo
de los mexicanos

por Dña. Diana Laura Riojas de Colosio

Forum Deusto

La Paz: Responsabilidad y rumbo de los mexicanos

por Dña. Diana Laura Riojas de Colosio

1994 es torbellino de acontecimientos en México. Es año de profundas reflexiones, de importantes decisiones, de cruciales sucesos, de trágicos episodios, de dolorosas enseñanzas.

En 1994 la violencia irrumpe ruidosamente en la vida de los mexicanos. Acomete sin respeto alguno al esfuerzo de años de millones de mexicanos, al avance firme por alcanzar un México de mayor bienestar para todos.

Pasmada, la sociedad mexicana presencia dos escenarios: el que propone aventuras, la ley del más fuerte, la imposición, el estruendo, la promesa volátil, el camino incierto, el dolor, la sangre. El otro escenario muestra como argumento la capacidad de cambio, convocando a la confianza de los mexicanos para luchar por un México fuerte, soberano, de libertades, en paz, proponiendo caminar por los amplios cauces de la democracia y la justicia.

Es el México nutrido por los ideales gestados en la Revolución de 1910. Lucha social que dio testimonio de nuestras necesidades, haciendo énfasis en el reclamo popular por vivir en paz. Porque los mexicanos reconocemos que la paz es la posibilidad de nuestra soberanía, de nuestra gran nación, de nuestra cultura.

De nuestra revolución nació la época de las instituciones significando un arduo proceso de pacificación en el país. Hoy, ante la adversidad, un México de instituciones sobrevive alimentado por el ánimo de un pueblo que se niega al inmovilismo. Es el México que reconoce a aquellos hombres y mujeres que entregaron su vida por un México de democracia y justicia social. Es el México que se siente orgulloso de ser heredero de la Revolución Mexicana.

La ideología de la Revolución seguirá ofreciendo senderos para las reivindicaciones populares, inspirando nuestras tareas de estos días, mostrándonos el mejor horizonte con su esencia humanista y social.

El Partido Revolucionario Institucional es producto de la primera Revolución social del siglo xx; heredó de la misma sus virtudes y sus contradicciones. Nació y creció como un partido político incluyente, donde la suma fue la clave que permitió que se adecuara a la misma historia del país.

Hoy, el PRI se enfrenta a una sociedad que se diversifica y presenta claras tendencias hacia la pluralidad y la mayor autonomía de sus actores sociales y políticos. El ser heredero de la Revolución Mexicana no garantiza la legitimidad política del PRI, porque ésta se gana día a día, proponiendo, con acciones y argumentos válidos.

En los últimos años México ha sabido de la verdadera competencia política. Por eso todas las fuerzas tendrán que acudir a la competencia, dejando atrás viejas prácticas. Nadie tiene triunfos asegurados, hay que luchar por ellos y hay que asumir que en la democracia sólo la victoria dará la estatura a las distintas presencias políticas.

Estos son tiempos que reconocen la necesidad de establecer una nueva relación entre el ciudadano y el Estado. El poder requiere ser democratizado. Se debe desterrar su excesiva concentración. Se debe llevar el gobierno a las comunidades, con nuevas formas de administración para que cada ciudadano obtenga respuestas eficientes y oportunas cuando requiere servicio, cuando plantea problemas, o cuando sueña con horizontes más cercanos a las manos de sus hijos.

Para la transformación política, para reformar el poder, el país cuenta con la cultura de la paz de los mexicanos, ese complejo tejido de valores, actitudes, conductas, interacciones, que sobrepasan al individuo y lo integran en una comunidad que reclama caminar por los amplios cauces de la paz y la dignidad humanas.

Con gran convicción, cada mexicano arraiga en su mente una frase sublime: *Entre los individuos, como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.*

Gozamos la fortuna de que estas palabras del Benemérito de las Américas, Benito Juárez, se conviertan en una forma de vida, en una cultura que coopera al bienestar y a la prosperidad del país. Es una cultura donde hay sitio para todos los que luchamos por una gran nación, para los que queremos un México unido, fuerte, soberano, de libertades, en paz.

Reconozco que para hablar de paz en México debemos transitar hacia una reforma social muy profunda, donde el gasto y la inversión

lleguen verdaderamente a quienes más lo necesitan. Paz es que todos trabajemos por erradicar la desigualdad y que el beneficio llegue a los que menos tienen.

El problema más lesivo que enfrenta México es el elevado número de mexicanos pobres. Familias sin servicios públicos adecuados y con pocas oportunidades de empleo están excluidas de la dinámica de bienestar y servicios y, en muchos casos, con grandes obstáculos para hacer ejercicio pleno de sus derechos fundamentales.

El Estado mexicano tiene una profunda orientación social, de ahí que el núcleo básico de su acción lo constituyen principios y valores solidarios. Los últimos gobiernos han venido diseñando e instrumentado políticas de combate a la pobreza que se van adecuando permanentemente a las cambiantes condiciones de la dinámica económica, política y social.

En su relación con los sectores sociales, particularmente con los más desfavorecidos y marginados, el gobierno debe promover una cultura de la cooperación, la autoayuda y la solidaridad. Ese es el contenido central de la participación de las comunidades y los individuos en la resolución de sus propios problemas.

Asimismo, las preocupaciones y compromisos gubernamentales deben aceptar y fomentar un comportamiento en el que los grupos y los individuos asuman compromisos de responsabilidad de sus propias vidas y por el bienestar de sus familias.

Sostengo que la paz la tenemos que construir todos, cotidianamente, desde nuestras propias trincheras. No hay duda que siendo mejores tendremos paz. Por eso es vital alentar programas y acciones de gobierno que incidan en el abatimiento de los índices de marginación, de rezago en las comunidades.

Paz es tener un país fuerte, justo, con oportunidades para todos de empleo, educación, con salud, con vivienda digna, con un gobierno verdaderamente al servicio del ciudadano.

Ante el futuro que se posa en el umbral del nuevo siglo, los pueblos de Latinoamérica debemos reflexionar sobre nuestras experiencias recientes. Más allá de toda retórica, debemos reconocer que en el seno de nuestros países existen grupos, comunidades y personas que todavía no han encontrado la respuesta a sus demandas y la desesperanza los conduce a tomar las armas. Por ello, es vital responsabilizarnos por la paz, es un imperativo ético convocar a la concordia, por los ciudadanos de nuestra región.

A pesar de nuestras diferencias culturales, somos una región con un pasado común, que aprendiendo unos de otros, con absoluto respeto de nuestra soberanía, debemos pugnar por una integración real que nos permita hacer frente común ante los embates de la pobreza, la desigualdad y la violencia.

Amigos:

Hoy me siento orgullosa, porque la enseñanzas que tengo las debo a quien admiré muchísimo, a quien compartió conmigo sus experiencias, a quien me enseñó a convivir con mi gente: Luis Donaldo Colosio Murrieta.

Mantener la paz entre los mexicanos era su principal meta, era un imperativo ético, un imperativo moral que llamaba a su conciencia.

Proponía un cambio con certidumbre, porque quería brindar seguridad a las familias, para ir al encuentro del futuro con pasos firmes, con pasos decididos, con acciones concretas, en unidad, en armonía, en paz.

Para alcanzar la paz él tenía un compromiso con las libertades y aspiraba un orden social crecientemente justo.

Luis Donaldo Colosio tenía un compromiso con el México de final de siglo: el México de los justos reclamos, el México convencido de que es la hora de responderle al México que exige soluciones, consciente de que los problemas que enfrentamos se pueden superar, el México que reconoce la necesidad del cambio, que lo demanda con rumbo y responsabilidad.

Forum Deusto

Desarrollo y Paz en América Latina: una visión autocrítica desde el Sur Garapena eta Bakea Amerika Latinoan: Hegoaldetik emandako ikuspegi autokritikoa

Durante varias décadas se ha puesto el acento, de forma casi exclusiva, en los factores externos que han dificultado el desarrollo y la paz en América Latina, sin analizar las causas de cada país de acuerdo con su peculiar problemática, sus posibilidades y sus propias orientaciones. De ahí, el interés de este ciclo del Forum Deusto dedicado a analizar los diversos factores internos que han contribuido a generar dicha situación. Como siempre los ponentes son personas de primer rango en cada país o ámbito de su reflexión.

Hainbat hamarkadatan zehar Amerika Latinoaren garapena eta bakea kanpotik eragotzi dituzten eragileak izan dira hizpide eta aztergai ia bakarra, herrialde bakoitzaren zioak aztertu gabe, hots, zein bere arazo, aukera eta norabideen arabera aztertu gabe. Horra hor Forum Deustoren ziklo honen interesgarritasuna, halako egoera sortarazi duten barne-faktore anitzak aztertzea, alegia. Ohi bezala, hizlariak maila gorenekoak ditugu nor bere herrialdean edota gogoeta-esparruan.



Universidad de Deusto

Deustuko Unibertsitatea

